



Plus Ultra

QUIMERA

DE LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE ALONSO.



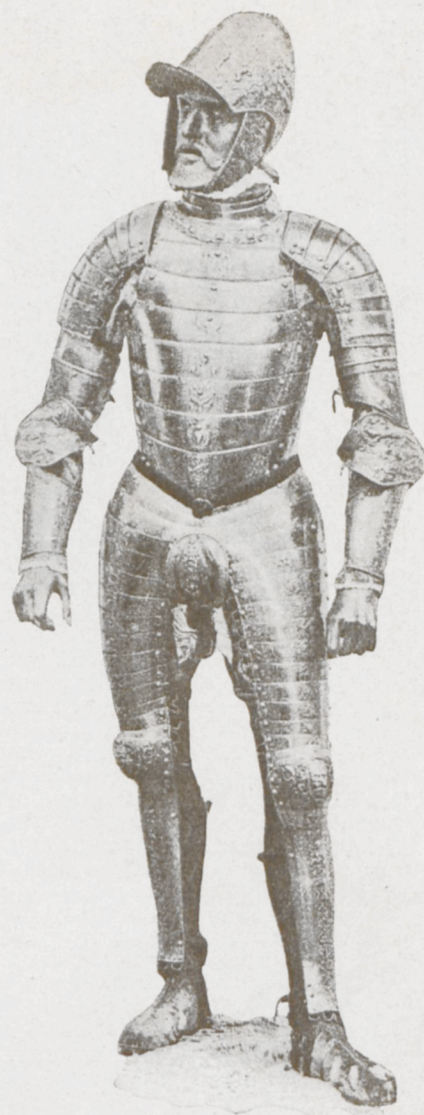
ARNESES HISTÓRICOS DE LA ARMERIA REAL DE MADRID



ARMADURA DE DON SEBASTIÁN I,
DE PORTUGAL (AÑO 1574).



ARNÉS PEQUEÑO DE FELIPE III (1585).



ARMAS DE GUERRA DE FELIPE II
(AÑO 1550).



RODELA ITALIANA DE CARLOS V (1541).

El siglo XVI fué la época en que llegaron a completarse y a perfeccionarse en Europa las llamadas armaduras de guerra. Hasta la mitad del siglo, éstas eran de dos clases: de batalla y de torneo, presentando al exterior solamente superficies lisas y bruñidas. A partir de entonces, comenzaron a fabricarse arneses de gala, adornándose los cascos y demás piezas con figuras repujadas del más artístico dibujo.

Tales medios de protección, no solamente fueron usados por capitanes y hombres de armas, sino que hasta los monarcas y príncipes solían asistir a los combates cubiertos con férreas armaduras.

En los torneos, el justador cubría su coraza con una cota de terciopelo o de seda, prendida a la cintura con un cordón y un ancho talabarte ricamente adornado, del que pendía a la izquierda la espada y a la derecha el puñal. Los caballeros se diferenciaban entre sí por los colores de la cimera, y por la divisa del escudo.

La aparición de las armas de fuego en los campos de batalla, fué quitando valor defensivo a la armadura; ya no tenía fuerza bastante contra las balas de arcabuz y mosquete, por lo que se perdió la confianza en ella, desterrándose al fin por innecesaria en los nuevos métodos de lucha.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. "STOMALIX" Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. "STOMALIX" debe ser su compañero en la mesa. Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66. Buenos Aires.



ESCUULTURAS QUE SIRVEN DE COLMENAS



UN ASPECTO DEL COLMENAR DE HÖFEL.

Un colmenar parece algo así como una hilera de columnas. La «república de las solícitas abejas», según la llamaba Cervantes, trabaja dentro de un cajón cuadrado, que por su forma diríase pertenecer a las ruinas de un templo del que se conservaran solamente los fustes de las columnas sostenedoras de la techumbre. Esta semejanza con un templo derruido es todo un símbolo que honra la vida y los trabajos del útil insecto.

En todo el mundo no existe nada parecido al colmenar que los turistas admiran en la pequeña villa alemana de Höfel, cerca de Löwenburg, en Silesia.

Quien tal obra ejecutó tenía inmenso cariño a las abejas, pues supo levantar en honor de las moscas de miel monumentos de alto significado religioso. Y su actual propietario, el señor Germán Vogt, heredero de tan raro colmenar, también adora a las abejas, ya que ha despreciado cuantos ricos ofrecimientos de com-

pra le hicieron los coleccionistas y anticuarios. Estas esculturas remontan al siglo XVI y su autor es desconocido.

Nuestros fotograbados representan algunas de las curiosas colmenas de Höfel, vigiladas por su cuidador un venerable obispo cubierto con su mitra y empujando el báculo; un abad que sostiene su breviario; un monje coronado de rosas y una hermana de la caridad que además de la corona lleva un crucifijo.

Ni Mauricio Maeterlink hubiera inventado cosa más imponente para honrar a sus queridísimas abejas. El arte cristiano prestó a las aladas obreras el interior de unos cuantos sacerdotes pétreos. ¿Qué más bendita morada pueden apetecer las abejas?



CINCO DE LAS ESCULTURAS DONDE ELABORAN SU MIEL LAS ABEJAS.



EL CREADOR

DE LA

INDUSTRIA DEL
PNEUMATICO

FUE

DUNLOP

542, PASEO COLON, 544



Este canapé
excepcionalmente elegante,
copia fiel de un original de estilo
jacobino, es característico en todo
vestíbulo y biblioteca moderna.

Nuestras producciones clásicas com-
prenden todos los modelos.

Los Muebles Thompson son conoci-
dos por su alta calidad, su belleza
de dibujos y perfección de trabajo.

Thompson
Muebles Ltda.

833, FLORIDA

— BUENOS AIRES

EL VALLE DE MINA DURANTE LA PEREGRINACIÓN



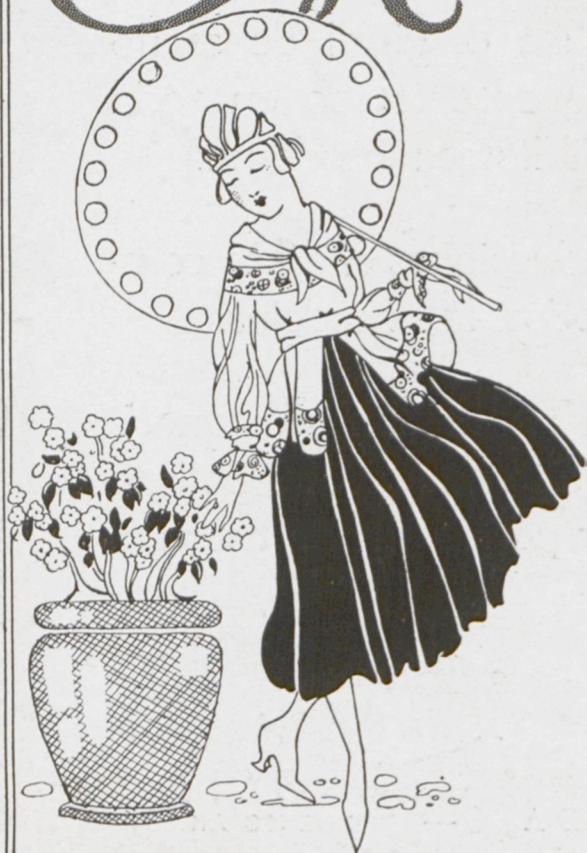
EN EL ESTRECHO VALLE DE MINA, A DOS O TRES HORAS DE LA MECA, TIENEN LUGAR ALGUNAS DE LAS MÁS IMPORTANTES CEREMONIAS DE LA PEREGRINACIÓN MAHOMETANA A LA MECA. EN EL «DÍA DEL SACRIFICIO» SE SACRIFICA EL CORDERO, Y DESPUÉS DE ESA CEREMONIA, MINA SE CONVIERTE EN UNA GRAN FERIA INTERNACIONAL, EN LA CUAL ACTÚAN COMERCIANTES DE TODOS LOS PUNTOS DEL MUNDO MAHOMETANO.

Metropol Bazar

Casa Argentina

F. STAROPOLSKI

340, C. Pellegrini - Bs. Aires



A nuestra distinguida clientela:

No obstante las circunstancias difíciles por-
que atraviesa la importación, hemos recibido un
surtido de las más altas NOVEDADES en porcela-
nas, cristales, bronce, lámparas, etc., etc.

Huelga decir que todos los artículos que re-
cibe el Metropol Bazar, son de indiscutible
BUEN GUSTO y, como ya es notorio, se venden en
el Metropol Bazar a precios módicos.

Invitamos a visitar nuestra exposición per-
manente y aprovechamos la oportunidad de sa-
ludar a nuestros favorecedores.

METROPOL BAZAR

Staropolski

*The South
American Storey*

*Gath & Chaves
Ltd*

OTOÑO 1918

GATH & CHAVES CELEBRA ACTUAL-
MENTE, UNA EXPOSICIÓN GENERAL DE
LAS NOVEDADES OTOÑALES. SOBRESALEN DEL CONJUNTO, UNA SERIE DE
MODELOS ORIGINALES, CREADOS POR
LOS MODISTOS PARISIENSES DE MAYOR
FAMA, LOS QUE SON EXHIBIDOS TODOS
LOS DÍAS SOBRE «MANNEQUINS VI-
VANTS», A LAS 4.30, 5, 5.30 Y 6 P. M.

THE SOUTH AMERICAN STORES

GATH & CHAVES Ltd.

ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERÚ Y RIVADAVIA



ALVO.

LA ÚLTIMA MODA EN TEJIDOS DE PUNTO

UNA VISITA A LA FABRICA "LA GLORIA", ORGULLO DE LA INDUSTRIA NACIONAL

Desde hace cinco o seis años a esta parte se viene observando en el público una marcada tendencia a favor de los artículos fabricados en el país. La incontrarrestable competencia europea venía ahogando en sus más fundamentales raíces toda iniciativa y toda tentativa de fabricación nacional, lo que llegó a constituir un problema, aparentemente imposible de resolver. Sin embargo, el



problema se viene resolviendo, merced por un lado a la falta de intercambio que lleva anexo el espantoso conflicto de la guerra, y por otro, la necesidad imperante de abastecer los mercados argentinos con aquellos productos industriales que reclama el comercio y que son de innegable utilidad para el público que los utiliza.

En materia de tejidos de punto, poco o nada se había adelantado en nuestros centros fabriles, a pesar del enorme consumo y de la predilección que se ha observado siempre por los artículos de esta clase.



Teniendo en cuenta las excelentes condiciones del mercado, cada día más favorable para el negocio de tejidos de punto, se proyectó en diferentes ocasiones la formación de una industria propia, organizada de manera que pudiese substituir la mercadería de importación, pasando mucho tiempo sin que se llegara a nada concreto y eficaz en dicho sentido.

Utilizando como medida indispensable sus profundos conocimientos en el ramo y queriendo ejercitar sus actividades en tierras de América, los prestigiosos y afamados fabricantes catalanes señores Masllorens Hermanos, tuvieron entonces la feliz idea de instalar una gran fábrica, dando impulso a nuestra industria incipiente y perfeccionando el inseguro y poco práctico sistema de elaboración que venía empleándose de antiguo. Al quedar vencidas las primeras dificultades se consiguió, poco después, inaugurar el negocio en el inmediato pueblo de Avellaneda, sobre la calle Olavarría, 130, en amplio y cómodo edificio, con excelentes instalaciones mecánicas y gran número de operarios.

Bajo la pericia y bien desempeñada dirección del señor Pablo Masllorens, esta casa ha ido cimentando su prestigio, habiendo llegado a la próspera situación en que se encuentra hoy, no ciertamente por causas fortuitas o de favoritismo, sino debido tan sólo al espíritu emprendedor y a la constancia y laboriosidad de sus fundadores y dueños.

Todo cuanto hay de utilidad práctica dentro del ramo, se produce en los talleres de la fábrica que nos ocupa, cuyos departamentos y variadas secciones hemos tenido oportunidad de conocer. Más de cuatrocientos operarios ocupan su lugar en las anchas y espaciosas naves del hermoso edificio, y elaboran con precisión, digna de los mayores elogios, una enorme cantidad de modelos para ambos sexos, desde los más económicos y prácticos a los más elegantes, útiles y vistosos.

El perfeccionamiento técnico de los propietarios está llevando a cabo una labor realmente extraordinaria, pues a pesar de haber hecho en distintas oportunidades grandes y costosas innovaciones y ampliaciones en el local de la calle Olavarría, 130, cada día es mayor la actividad y más considerable la producción, habiendo merecido la confianza de todo el comercio de la República, que favorece continuamente a esta casa con premiosos e importantes pedidos.

Entre la cuantiosa producción que hemos visto terminada, hay abrigos de punto para señora, muy a la moda, y excelentes para la próxima estación; echarpes de variados gustos; pasamontañas; tricotas de hombre; medias inglesas y otra diversidad de artículos de la misma industria, en gran surtido, todos confeccionados con suma perfección y vistoso aspecto.

Actualmente, los depósitos de la casa Masllorens, casi puede decirse que a pesar de su amplitud resultan pequeños para recibir lo que producen los talleres, pudiendo así atenuar con bien manifiesta eficacia las múltiples necesidades creadas por la falta de importación.

Por otra parte, la competencia extranjera, en vez de perjudicar y entorpecer el desenvolvimiento de esta importante industria, ha venido a favorecerla, pues al ser preferidos sus artículos por los consumidores, se ha demostrado la superioridad que tienen los productos de esta casa sobre todos sus similares importados.

Las materias primas que se vienen utilizando en las elaboraciones de la fábrica «La Gloria», proceden de la gran empresa que los señores Masllorens poseen en Cataluña. En Begudá, pintoresco pueblo próximo a Gerona, se halla instalada la importante hilandería de la casa, bajo la inteligente dirección de don Manuel Masllorens; y en la casa central establecida en Olot y fundada el año 1754 por los ascendientes de sus actuales dueños, punto inicial de esta vital industria, ejerce la gerencia don Esteban Masllorens, ingeniero mecánico, que desde edad juvenil consagró su inteligencia y sus actividades a los progresos de la fabricación.

La casa de Buenos Aires, que tan prósperamente funciona en Avellaneda, además de los artículos enumerados anteriormente, se especializa en la manufactura de sacos de punto para niña, habiendo creado por dicha circunstancia un surtido de modelos tan completo que no tiene semejanza con

lo ya conocido. Su enumeración ocuparía un espacio mayor del que disponemos; baste saber que en variedad, originalidad y buen gusto no se puede competir con tan laboriosos industriales.

En los depósitos del importante establecimiento «La Gloria» hemos visto un incalculable número de fardos y grandes cajas preparadas para la expedición, saliendo diariamente vagones completos



de esta clase de mercaderías con destino a las más apartadas ciudades y pueblos de la República. Bien es verdad que con el prestigio de que gozan los señores Masllorens, con sus conocimientos en el ramo y sobre todo con la buena orientación comercial que han distinguido siempre sus negocios y asuntos, es lógico y hasta natural que desde el primer momento el éxito haya coronado su obra.

La industria textil puede considerarse una realidad en el mercado argentino, ya que la acreditada fábrica de tejidos de punto «La Gloria», está en condiciones, por su enorme producción, de atender cualquier pedido por grande que éste sea.





POLVO GRASOSO
Brissac.
PARIS

La enorme demanda que ha alcanzado el riquísimo Polvo Grasoso Brissac, se debe a su perfecta fabricación y delicioso aroma. El nombre de su fabricante Brissac, París, es una garantía de su legitimidad y pureza.

UNICOS CONCESIONARIOS:

L. AUBERT Y Cía., CHILE, 1958/72, BUENOS AIRES - U. TEL., 7260, LIBERTAD.

EN VENTA EN TODAS LAS TIENDAS,
PERFUMERÍAS Y FARMACIAS

\$ 1.40 LA CAJA.



Modelos de creación Harrods

ULTIMA CREACION
vestido para novia, en char-
meuse blanca o marfil,
con encaje legítimo de Bru-
selas, manto y ramos de
azahares,

\$ 250.—

ELEGANTE VESTIDO
DE CEREMONIA, en
charmeuse negra, con ga-
sachiffón, bordado a mano,

\$ 225.—

ESPLENDIDO SOM-
BRERO, ala completa-
mente en pluma de aves-
truz, copa souple de rico
satén negro,

\$ 70.—



Harrods centro de elegancias y creador de la moda
en nuestro ambiente, expone las últimas novedades de estación.

Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554



II aniversario de Plvs Vltra

Al lector

Qué saludos y piropos no habrán inventado los periodistas en dos siglos de prensa para agradecer tu bondad o tu justicia! Desde lo alto de esta salutación, doscientos aniversarios de doscientos mil periódicos te contemplan y te saludan, lector amable, incansabilísimo lector.

Plvs Vltra cumple ahora dos años vividos bajo la paternal tutela que ejerciste generosamente. Tú, lector, eres el más gigantesco de los tutores, el más temible, el más celoso, porque tu cabeza es un conglomerado de cabezas y tu corazón, prieto racimo de corazones. Para agradarte, el periódico tiene el mismo que crearse a tu imagen y semejanza.

Así, Plvs Vltra trabajó siempre, y trabajará, buscando el modo de ser exacto reflejo de ti y de tus gustos. Tal empresa resulta laboriosa aunque grata, querido y gigantesco lector. Puedes asegurar, si en alguna ocasión te ves precisado a romper una lanza en favor de tu revista preferida, que todas las páginas de Plvs Vltra, letra por letra, trazo por trazo, fueron cuidadosamente hechas.

Asegura que si tienen defectos se deben a la imperfección de la humana naturaleza; sortén que los duros y pesados días de la guerra han añadido dificultades a la difícil labor, y proclama ante el mundo artístico-literario la categórica afirmación de que Plvs Vltra tuvo siempre sus puertas francas a todo trabajo meritorio.

Salud, lector. Que la paz tuya y la ajena endulcen tu existencia saludable, próspera, dilatada, añosa, y que tu revista lo vea

Plvs Vltra

El decano de los pintores argentinos

Cuando tocamos el botón eléctrico colocado junto a la verja de la quinta, el timbre sonó persistente en el interior de la casa. Pasado algún tiempo, apareció por el sendero del jardín una muchacha joven, de ojos grandes y cabello graciosamente recogido sobre la nuca.

Al verla llegar, preguntamos:

—¿Vive aquí el pintor Eduardo Sivori?

—Sí, señor; aquí vive; pero creo que salió hace un momento... no sé. Si quieren decirme su gracia...

Le entregamos una tarjeta y nos dispusimos a esperar. Poco tiempo después salía el anciano maestro a recibirnos.

—Es una casualidad que me encuentren, —nos dijo.

—Pensaba ir hoy a Buenos Aires para traer un cuadro que quiero terminar en estos días.

—¿Entonces hemos venido a deshacer sus planes?

—De ninguna manera.

Yo tengo verdadero placer en estar un rato con ustedes, poniéndome a su disposición en lo que deseen.

Informado de nuestro

propósito, pasamos a una pequeña habitación habilitada para estudio. Pendiendo de las paredes descubríanse algunos lienzos a medio pintar, varios bocetos al óleo y calcos en yeso de antiguas esculturas. Por las ventanas entreabiertas el sol se filtraba en pequeños hilos de oro que iban a quebrarse sobre el oscuro pavimento. Al sentarnos en amplios y cómodos sillones, observamos la figura del anciano pintor. Mentalmente vino a nuestra memoria el retrato que de él conocemos y que figura en la sala argentina del Museo Nacional. Es la misma dulzura en la expresión; la misma inteligencia en la mirada; el mismo porte severo; las mismas barbas apostólicas. Sus mesurados ademanes armonizaban con la suavidad de su palabra persuasiva y amena, que atraen nuestro interés y simpatía.

—A lo que parece, —le dijimos, —usted vive aquí todo el año.

—Por lo general, estoy desde noviembre hasta fines de abril. En cuanto empiezan los fríos, nos trasladamos a Buenos Aires, donde tengo mi verdadera casa. Aquí no podríamos vivir el invierno; faltan comodidades, y no es posible prescindir de ellas cuando se ha llegado a la vejez.

—Pero no serán tantos sus años.

Sivori tardó un poco en contestar. Luego habló despacio, como si quisiera medir su pensamiento:

—Creo que no; y aunque siempre es desagradable traer a la memoria estas cosas de la edad, voy a satisfacer su pregunta. Tengo más de setenta años. Nací en Buenos Aires el 13 de octubre de 1847.

Cuando el anciano pronunció estas palabras, su voz parecía temblorosa; fué acaso una emoción instantánea que se desvanecería como el relámpago. Después, al recordar su juventud, tenía iluminado el semblante.

—Mi vocación a la pintura —nos dijo— se debe a una feliz casualidad. Habiéndome dedicado mis padres al comercio, el año 74 tuve que ir a Italia para resolver, no recuerdo qué asunto. Visitando los museos y pinacotecas, despertóse en mí una gran inclinación al arte de la pintura. De regreso en Buenos Aires inicié mis estudios en un edificio que estaba situado en Suipacha y Bartolomé Mitre. Creo que ya no existe. Allí se instaló la Academia de Bellas Artes, trasladada más tarde a los altos del viejo teatro Colón, siendo mi primer maestro de dibujo el profesor Augusto Ro-

mero, que ganó su plaza en reñidas oposiciones. El año 75, dibujando ya con bastante adelanto, se reafirmaron mis aspiraciones al tener noticia que en París se celebraba un certamen de dibujos a carbonilla, organizado por la revista «Feussain». Yo presenté un trabajo tomado al natural en los bosques de Palermo, el que me fué premiado con mención honorífica. Creo que fué la primera distinción de mi carrera, y me sirvió de mucho estímulo para seguir trabajando.

—Y en Buenos Aires, ¿dónde expuso por primera vez?

—En el Salón Continental del año 80. Allí concurrí todos los alumnos de la academia, ganando una medalla de oro. Esta época fué muy feliz para mis ilusiones de muchacho. A los pocos meses hice un aguafuerte titulado «Tropa de carretas en la Pampa», y como antes no se conocían ensayos de esta índole, me cupo la gloria de figurar en nuestro ambiente como iniciador del grabado. Después se me designaba para ir a Europa, junto con Boneo, Agrelo y otros que formaban el primer núcleo de becados argentinos; pero aunque ocupaba lugar preferente en la lista, no pude realizar el viaje, debido a la oposición de mi familia.

—Entonces, ¿no llegó a estudiar en Europa?

—Cómo no; marché a Francia en 1882, estableciéndome en París, donde pasé años de bohemia como toda la juventud de aquel tiempo, que ya no ha de volver. ¡Oh mis días de París! Hoy los recuerdo aún con la vaga tristeza de lo que se ha perdido para siempre.

Estuvo un momento pensativo, y después continuó:

—Allí fué mi maestro el celebrado pintor Jean Paul Laurens, cuyo estudio frecuenté hasta 1888. Desde el 86 hasta el 91 que regresé a Buenos Aires, concurrí sin interrupción a las exposiciones anuales que se venían celebrando en la capital francesa.

—¿Se costeaba usted mismo los estudios?

—Yo, y nadie más. Cuando me dediqué a la pintura, había formado en el comercio un capital de relativa importancia, cuya renta percibía en Europa, permitiéndome hasta el lujo de viajar con frecuencia. Nunca pinté mis cuadros con idea de venderlos, porque no necesitaba la profesión para vivir, sin que por esto hayan dejado de alcanzar buenos precios. Hasta he tenido mis sorpresas.

Millet es el único que ha influido en mi manera de sentir el arte. Puesto ante la naturaleza, no hallo ninguno tan inspirado como él. Aquí podíamos tener en el Museo uno de sus mejores lienzos, «La Tempestad». Fué ofrecido a la comisión de Bellas Artes en noventa mil francos, pero no llegó a adquirirse, siendo vendido en Londres por un precio mucho más elevado que el que se nos pidió a nosotros.

—¿Usted pertenecía entonces a la comisión de Bellas Artes?

—Cuando hubo de constituirse la primera en 1896, fuí nombrado para formar parte de ella, siendo reelegido en la segunda, que es la que ha venido sucediéndose. Substituyendo al pintor de la Cárcova, fuí, durante dos años, director de la Academia de Pintura. También desempeñé por espacio de un mes la Dirección del Museo, en ausencia del señor Eduardo Schiaffino.

—¿Nos quiere decir su opinión sobre los pintores argentinos?

—Esta pregunta no debiera yo contestarla, porque carece de valor en mis labios. Sin embargo, les voy a hablar sinceramente. Creo que pocos países pueden hoy presentar un núcleo tan selecto de verdaderos artistas jóvenes. Entre los pintores hay figuras como Fader, que pueden destacarse dondequiera que presenten sus obras; y lo mismo otros muchos...

—Y como última pregunta, ¿qué cuadro de los que ha pintado le gusta más?

—En los mil cuadros que habré hecho ya, entre acuarelas y óleos, no tengo preferencia por ninguno; considero de lo mejor que ha salido de mis pinceles el autorretrato y «Los bueyes», que se guardan en el museo, y que obtuvieron medallas de oro en las exposiciones internacionales de San Francisco y de San Luis.

Al despedirnos del decano de los pintores argentinos, don Eduardo Sivori, le indicamos si había pensado alguna vez en retirarse de la profesión. El nos tendió su mano afablemente, y haciendo un poco enérgica su palabra suave, nos contestó con esta afirmación rotunda:

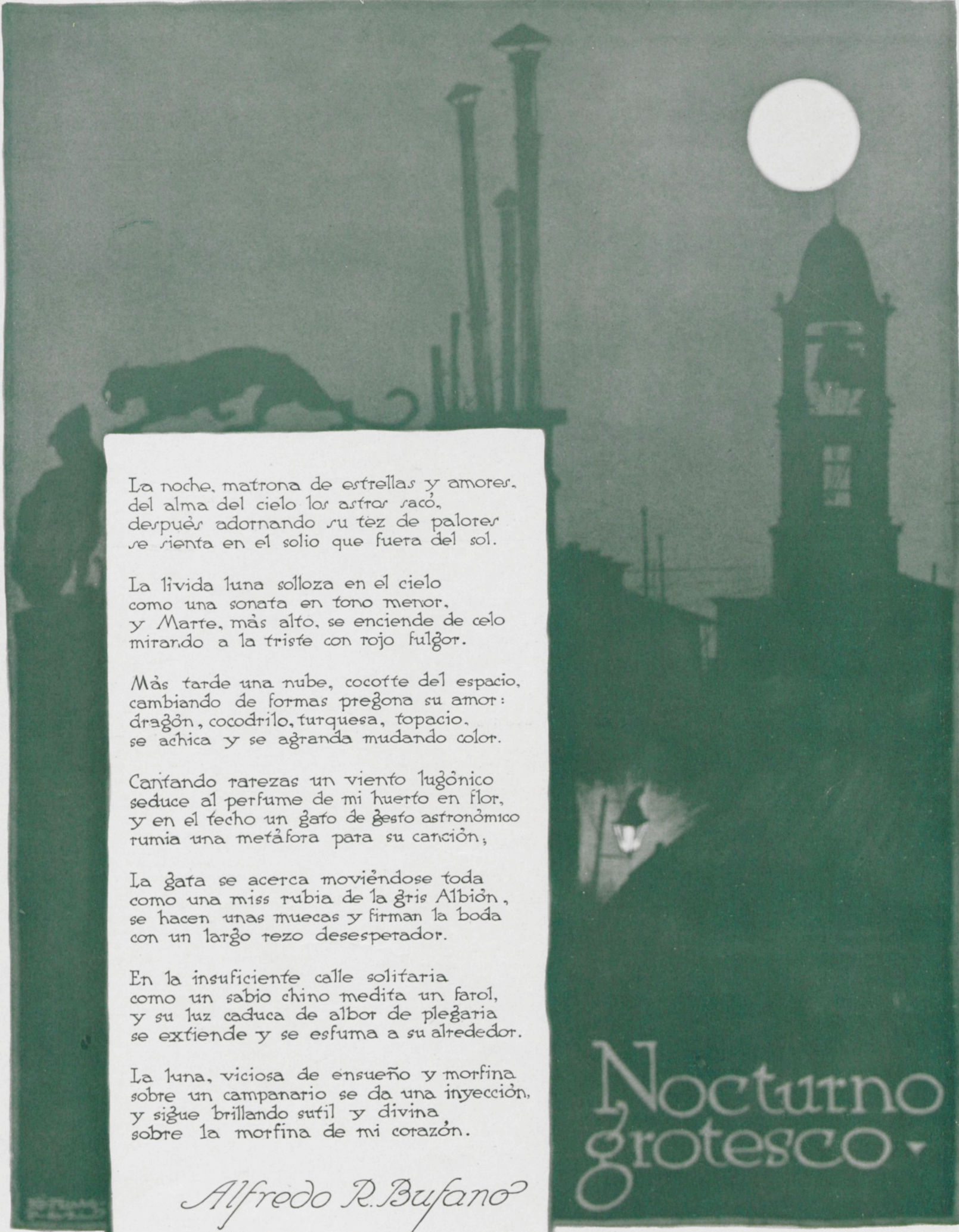
—Yo seré pintor siempre.

VÍCTOR ANDRÉS.

DIBUJO DE MAYOL.

Eduardo Sivori





La noche, matrona de estrellas y amores,
del alma del cielo los astrar sacó,
después adornando su tez de palores
se sienta en el solio que fuera del sol.

La livida luna solloza en el cielo
como una sonata en tono menor,
y Marte, más alto, se enciende de celo
mirando a la triste con rojo fulgor.

Más tarde una nube, cocotte del espacio,
cambiando de formas pregonas su amor:
dragón, cocodrilo, turquesa, topacio,
se achica y se agranda mudando color.

Cantando rarezas un viento lugónico
seduce al perfume de mi huerto en flor,
y en el techo un gato de gesto astronómico
rumia una metáfora para su canción,

La gata se acerca moviéndose toda
como una miss rubia de la gris Albión,
se hacen unas muecas y firman la boda
con un largo rezo desesperador.

En la insuficiente calle solitaria
como un sabio chino medita un farol,
y su luz caduca de albor de plegaria
se extiende y se esfuma a su alrededor.

La luna, viciosa de ensueño y morfina
sobre un campanario se da una inyección,
y sigue brillando sutil y divina
sobre la morfina de mi corazón.

Alfredo R. Bufano

Dibujo de Alvarez.

Nocturno
grotesco



DE TIERRAS TROPICALES

EL OJO DE AGUA POR ARTURO AMBROGI.



La veredita angosta y ondulante, se pierde en la espesura de la huerta. Ha trazado la tal veredita, entre la apretada grama y los matizados escobillales, el trajinar constante de las mujeres que, del pardo caserío, van mañana y tarde, en busca del agua. La huerta está colmada de árboles frutales y de matas de plátanos que forman umbría. Hay naranjos, agobiados por el peso de los frutos maduros; hay *paternos*; hay papayos; hay *anónos*; hay un aceituno descomu-

nal que vota los remorados frutos, como una pedrisca; hay también unos cuantos cocoteros, y un rincón, un frondoso macizo de bambúes que cunde un espacioso cuadrilátero de terreno con la tubería dorada de sus gruesas cañas nudosas. Al pie de ese macizo crujiente concluye la angosta veredita, que viene ondulando, como el rastro de una culebra, desde la «puerta de golpe»; y a la sombra del mismo, densa y húmeda, trascendiendo a yerba magullada y a hoja podrida, se estanca «el ojo de agua». En el cuenco que ignorada piocha labró diligente un día, en el vivo *talpetate*, ha ido acumulándose el agua del venero subterráneo; un agua fresca, cristalina y pura. Ha ido manando esa agua, gota a gota, de la entraña de la roca porosa; y de ese modo minúsculo, la concavidad, como una ánfora tosca, ha ido colmándose poquito a poco, hasta rebasar, y con esas sobras, formar un minúsculo regajo que se desliza entre tiernos berros y va a sumirse entre las asperas del matorral. Al través de la limpidez de la linfa, trasparentase, nítido, el fondo del «ojo», de un rosado palidecente marmoleado de verde manzana. Entre las aristas de azufre, la plateada arenilla ha formado tenue lecho.

A la sombra densa de los bambúes, aquella agua no tiene reflejos; es una agua que duerme. Cuando abre los párpados es para, terca, obstinada, estarse todo el día fija en lo alto, tratando de divisar el cielo que el pabellón de hojas de un verde ácido

que le abriga le impide contemplar. Es una agua triste; un agua contaminada de la nostalgia del azul infinito. Sabe de otras aguas que el sol dora, y en las que un pedazo de cielo se refleja, tremante. De cuando en vez, una burbuja de aire que se escapa del fondo, viene a estallar en la quieta superficie. Un circulito se forma en seguida al rededor del alvéolo, circulito que va ensanchándose, hasta disiparse. Otras, es una libélula la que la cruza, y va rayando la tersura del espejo transparente, como con el filo de un imperceptible patín. Hay momento en que todo el verde ácido de la hojarasca de los bambúes parece chorrear, como en un vaso de arcilla en el cuenco del «ojo». El agua que se tiñe entonces de un tinte glauco,

que empaña aquella pupila nostálgica como de una turbieza de llanto.

Esta mañana, después de desayunarme, he ido hasta el «ojo de agua». Estoy satisfecho. Veo la vida al través de un lente rosado. Camino despacio, por la veredita angosta y ondulante, entre la apretada grama y los floridos escobillales, diamantados por el rocío nocturno. Por entre las fibrosas cáscaras marchitas, la corteza nueva de los troncos de los plátanos brilla con cambiantes alabastros. De las copas de los *quijinicules*, cae una lluvia de flores blancas. Trasciende en el ambiente matinal la melífera emanación de las papayas que maduran en el árbol. El oro de las naranjas es un oro mate; y en algunas de ellas, una pandilla de *azulejos*, pica y arma pelotera celebrando el dilecto regalo. Voy caminando. Las mariposas se despiertan, y surgen, soñolientas, de sus hamacas de follaje. Entre los arbustos y malezas papalotean buscando las florecillas, para libar su desayuno. Una lagartija se escurre, al ruido de mis pasos. ¿Por qué molestarse? Yo no le haré daño, como no lo hice a los *azulejos* golosos que se regodeaban con mis naranjas, inutilizándolas. Llego por fin hasta el «ojo de agua». El ambiente húmedo exhala un olor penetrante de yerba magullada y de hojas en putrefacción. El «ojo de agua» parece despertar en esos momentos. La pupila está aún empañada por el sueño apenas sacudido. El agua antes clara, se ha enturbiado; y el fondo de la roca porosa, apenas se deja adivinar. Todo está opaco. Contemplo un instante el mezquino regajo que el rebase forma. Le veo alejarse, entre los tiernos berros, orlado del frágil espumarajo de sapo. Se desliza sin rumor; y se introduce entre las asperas de la maleza. Un vientecillo liviano comienza a agitar el follaje de los bambúes. Se adivina, por la tibieza que va impregnando el ambiente, que el sol ha acabado de salir. Pero hasta allí no llega un halo. Es por eso que esa agua siempre está muda, siempre está triste, sintiendo eternamente la honda nostalgia del límpido azul del cielo y del oro inflamado del sol.



DIBUJO DE SIRIO.

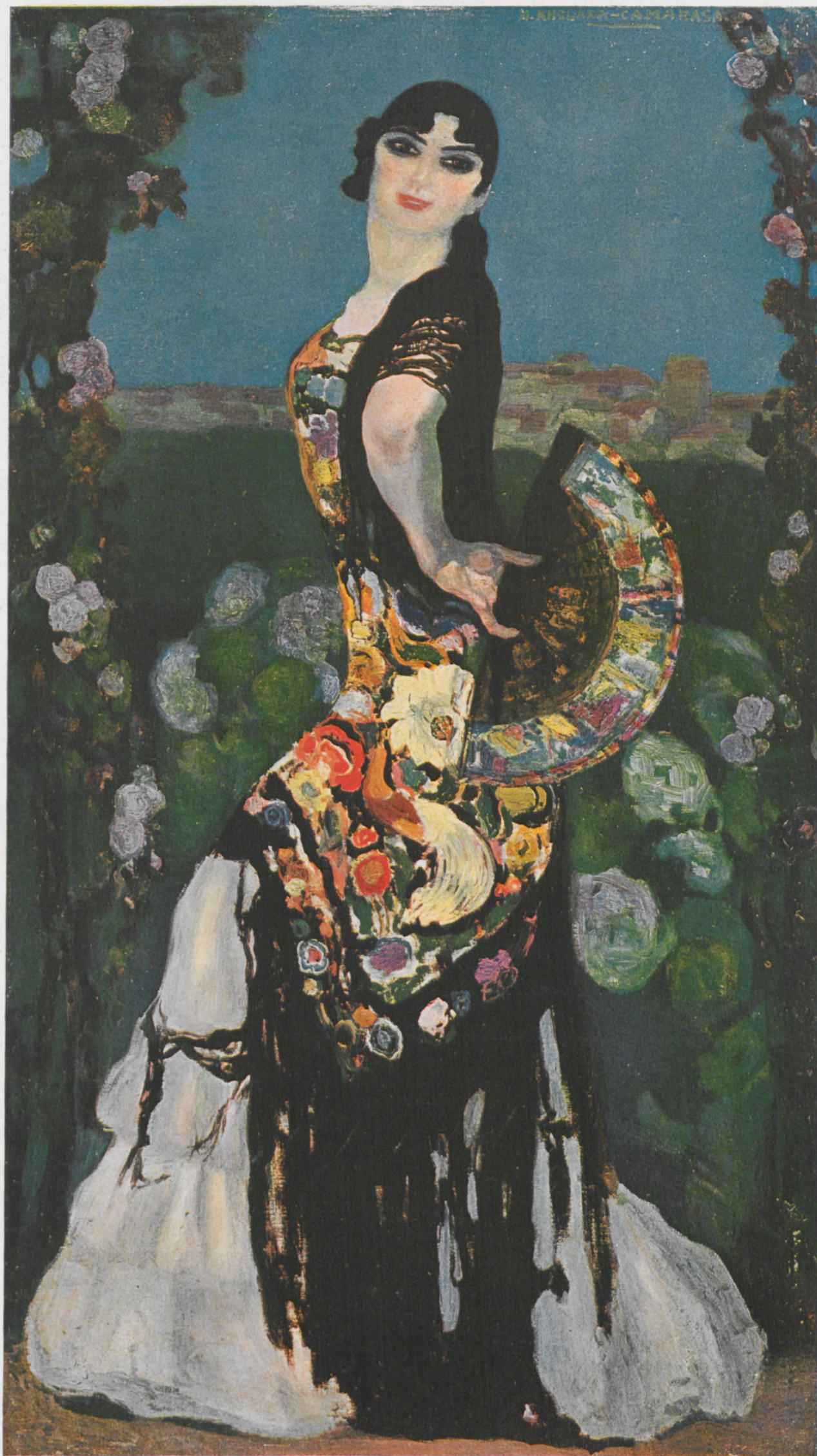
San Salvador (Centro América).

ARTE MODERNO

G I T A N A

ÓLEO DE H. ANGLADA CAMARASA

PROPIEDAD DEL SEÑOR ALFREDO
GONZÁLEZ GARANO.



Los REMOS de "LA GAVIOTA"



Estábamos atracados a la playa de Posadas. Eran las tres de la mañana, y acababa de despertarme, muerto de sueño aún y con las caderas muy doloridas, porque una tabla de cedro de veinticinco centímetros no es lecho confortable. Como no teníamos el menor interés en perder un solo minuto de ese día, desperté a mi vez a mis compañeros y nos lavamos la cara en el agua aceitosa de la orilla, empujando en seguida los remos, de vuelta a San Ignacio.

Habíamos llegado a Posadas la tarde anterior, muy bien, si se quiere, pues en la segunda hora de viaje «La Gaviota» había roto dos veces el mástil, tres veces la botavara, concluyendo por trepar con su aparejo compuesto, encima de un arrecife de asperón, a todo el viento que puede *no desear* un aficionado — que es ya una dosis máxima de aire.

Durante un mes entero habíamos clamado por viento, esa honrada brisa que hace andar armoniosamente a las embarcaciones. Lo habíamos tenido por fin, la mañana anterior, y bien de largo, el viento norte de Misiones, silbante, implacable, que sopla y sopla hasta concluir ahogado en un diluvio de agua sombría del sur.

Había llegado a las seis de la mañana. «La Gaviota» volaba aguas abajo, cayendo de proa con un tímpanico chasquido de palmeta a cada cabeceo. El Alto Paraná, con treinta o más brazas de agua, levanta olas, hay que creerlo.

Bajábamos rozando la costa paraguaya. El timón, bastante cerrado, roncaba y vibraba dentro de nuestro cuerpo. El bosque del litoral, fresco aún y doblado por el viento hacia el sur, parecía empujar él también.

Era un encanto. Al rato, no. Un ensamble de lapacho y canela con tornillos de dos pulgadas y media, es una cosa muy seria. Pero el viento norte, cuando se decide a bramar después de un mes de sequía brumosa, reconoce muy bien lo que está ensamblado. A las siete y media las cabezas de los tornillos pasaban a través de la canela, y la vela se acostaba de proa.

Atracamos donde nos fué posible — donde había providencialmente una tacuara arqueada sobre el río, el único ejemplar que hubiéramos visto desde la partida, pues todas habían secado ese invierno. Era un simple golpe de suerte; en media hora cortamos las espigas del nuevo mástil, taladramos, atamos y cosimos. Y todo quedó muy bien.

Pero nuestro viento se enloquecía. La tacuara cedía tanto, que el centro vélico quedaba casi sobre proa. Un rato después la botavara, terriblemente solicitada por la escota, se cerraba como un compás. Y el resto en la hora subsiguiente.

Resumen: al doblar el cabo de Candelaria y ante la brusca curva del río hacia el norte, el viento nos cogió de proa. En el otro extremo de la anchísima cancha en que el Paraná se engolfa allí, estaba Posadas. Cerca, si se quiere: cuatro leguas. Pero con un viento aciclonado de frente, que eriza en rallador las olas en los bajos fondos, y atraviesa instantáneamente la embarcación, por poco que la proa guíe un milímetro, esas cuatro leguas nos costaron toda una tarde de esfuerzo a diente cerrado.

Los tripulantes de «La Gaviota» que salimos de San Ignacio éramos tres: Romero, Ismael y yo. Pero al regreso éramos cuatro; por lo que se verá.

Cuando al atardecer hubimos llegado a Posadas, fuimos a la plaza a sentarnos — o a abandonar contra algo la espalda. No creo que tuviéramos figura muy decente. Un paseante, sin embargo, cruzó la calle para venir a saludarnos. Lo habíamos visto alguna vez en San Ignacio, donde tenía parientes. No sabíamos más; pero estaba encantado de vernos, y se empeñó en volver con nosotros. Le preguntamos, es claro, si sabía remar. ¿Qué si sabía remar? Estaba cansado de ir y volver a remo a la villa.

El paseo no es malo: legua y tres cuartos o casi dos, por poco que se quiera bordear los vapores anclados. Pero nosotros debíamos remar un poco más que eso, porque de Posadas a San Ignacio, contando restingas y demás, no hay menos de veinte leguas.

El muchacho parecía de buena pasta, y sabía remar. Porque no dejaba de entrar en nuestro pequeño cálculo el refuerzo ese. En

cuanto a él, le divertía locamente ir a cenar con nosotros abordo, y dormir atracados a tierra en la misma «Gaviota».

Dormir sobre una tabla de veinticinco centímetros de ancho no es cosa agradable, como he dicho, aunque aquella sea de cedro. El pasajero se despertó alegre, no obstante, bien que fuera aún noche cerrada. No se sentía todavía un solo ruido en el puerto. En larga fila, como yacarés, dormían en la playa las chalanas, trepadas de proa sobre tierra. Uno que otro farol de viento, de vigilancia en la popa, ponía en manifiesto el río negro en un inmóvil reflejo aceitoso. El agua estaba untuosa y tibia.

Listos, pues, organizamos los turnos, que debían ser de una hora: Ismael y Romero, el pasajero y yo. Remamos en dirección a Villa Encarnación, por razones de corriente, y el crepúsculo estaba ya muy adelantado cuando comenzamos a remontar la costa paraguaya. Desde el horizonte, en el confín de la cancha, una barra de fuego vibraba sobre el río encendido, hasta nosotros, y remontaba hasta el cenit, en el cielo. El sol estaba por asomar. Fondeamos un cuarto de hora, y concluimos nuestro tatú asado. El azúcar para el café se nos acabó también, quedándonos sólo las galletas y el tabaco lavado.

Continuamos. El sol subía, «La Gaviota» avanzaba costearlo, pero el viento no llegaba. Ni un soplo de aire; el gallardete del mástil, aunque leve como seda, pendía perpendicular.

Es ésta otra de las sorpresas del Alto Paraná. Cuando el viento norte se decide a soplar, no hay nada humano ni fuera de la humanidad que lo haga cesar — a excepción de la tormenta del sur. Calma al anochecer, y recomienza a la mañana siguiente. Y he aquí que rompía su ritmo, se retardaba, se agotaba, precisamente cuando habíamos contado con él para salvar por lo menos aquella abrumadora cancha hasta el Garupá.

Nada que hacer. La costa paraguaya, desde la Villa hasta la barra de aquel arroyo, es sumamente baja. La bajada intrínseca del Paraná era asimismo extraordinaria en aquel momento. De modo que debíamos bogar lejos de la playa, sobre dos cuartas de agua y un fondo visible de piedra, que rompía en escollos a cada trecho.

Ahora bien; entre los escollos el agua corre, y ha corrido toda la vida de un modo infernal en esa costa. Mal dormidos, pues, quebrados por la lucha de la tarde anterior, con las manos imposibles y el sol en los ojos irritados, avanzábamos siempre relevándonos con todo juicio, sumando una legua penosamente ganada a la otra, y a la otra, y a la otra.

A las diez habíamos entrado en el seno paraguayo de la cancha, y la corriente, desde luego, no nos molestaba más. Pero desde ese momento nuestro pasajero quedaba descontento como fuerza activa.

El muchacho había hecho indudablemente cuanto había podido. Remaba bien, aún a dos remos, lo que parece no entraba en su costumbre. Pero una cosa es un paseo de dos horas a la frescura del crepúsculo para visitar dos ciudades, y otra muy distinta remontar un río salvaje bajo un sol de diciembre, cuando se está en eso desde antes de aclarar, y se tiene todavía catorce leguas por delante.

El pasajero nos tendió sus manos; no había nada que decir. Es posible que las nuestras no estuvieran mucho mejor; pero él pretendía efectuar un paseo alegre, y nosotros regresábamos de un viaje — lo que es bien distinto.

Entretanto, la atmósfera pesaba de un modo insólito. Hacia el sur, el horizonte comenzaba a cargarse de cúmulos lívidos, que temblaban en sordas conmociones de luz. La tormenta venía, sin duda, y de aquí la falta de aire. Pero faltaba también para nuestra vela, y más ahora, en la precisa ocasión en que nos tocaba un turno alterno de dos horas.

Este era el caso: dos horas continuas de remo y una de descanso. Al concluir ésta, — y una hora pasa rápido, — vuelta al remo por otras dos horas. Este turno vuelve el humor poco alegre cuando es preciso cumplirlo después de nueve horas de estar remontando un río que corre dos millas en la canal, y otras tantas por la costa cuando la bajada saca a luz una restinga cada doscientos metros.

tos metros. Todo esto, bajo un asfixiante amago de tormenta que se ha llevado arriba todo el aire.

En dos horas de remo hay que tirar de él para atrás mil ochocientos veces, en el más benigno de los casos. Por esto nos había dicho el griego, después de oírnos hablar de nuestro proyecto en San Ignacio:

—El remo no es cosa de juego... Hay que darle. Poco o mucho, pero hay que darle siempre.

Nosotros le dábamos, pues, aunque muy poco contentos. Mas, ¡qué íbamos a hacer! La tenacidad en el esfuerzo, por lo demás; la brutalidad sorda de sentirse condenado a eso, es una locura tan entrenante como cualquiera de ellas.

Queríamos subir y subir: nada más.

Mas en esa depresión de atmósfera, el sol a plomo era particularmente duro de soportar. Aunque con la cabeza en el Paraná cada diez minutos, el agua caliente por el poco fondo de la orilla nos producía sensación de aceite en la cara y en el estómago, tanto más. Un consuelo teníamos: y era sentarnos con los pies hacia afuera dentro del río filante, todo el tiempo del turno libre. Pero al volver al remo, como no era posible soñar en ponernos las botas que quemaban, el sol hacía lo mismo con nuestros pies; por lo que debíamos tenerlos ocultos bajo diarios.

Subíamos siempre. Las horas iban pasando, con un nuevo consuelo. Nos reconocíamos otra vez en el ambiente, fuera por fin de aquella eterna cancha de costa baja que habíamos dejado con Candelaria. Era otra vez nuestro Paraná encajonado, amurallado de bosque que se vertía desde lo alto en curvas sucesivas de copas hasta el agua. Un brusco cabo de arenisca, un nuevo cerro doblado, eran jalones de nuestro paisaje familiar, en que la caída de la tarde volcaba su salvaje y profunda serenidad.

En el horizonte del sur la tormenta temblaba siempre, pero sin avanzar. Arriba, el cielo estaba despejado. La calma del aire se acentuaba también por la hora. El río, suavizado como terciopelo, corría terso en finas arrugas longitudinales, refrescando a su vez por el monte que comenzaba a verter sobre el agua su perfume crepuscular. En los remansos umbrios de la costa argentina, el aire cobraba una transparencia tal, que las frondas hinchadas sobre el río adquirían un relieve casi mareante. Los más leves ruidos tenían un carácter de inesperada brusquedad, y se propagaban clarísimos. Desde la costa paraguaya, a dos mil metros, nos llegaba con limpidez metálica la charla a media voz de dos chicos que tornaban a vestirse en la playa.

Este era el ambiente. Pero allá, remontando el río como una tortuga herida, iba penosamente «La Gaviota». Como vida, ofrecía la que pueden sugerir cuatro remos moviéndose lentos. Pero conciencia, norte, esperanza, esto no.

Estábamos deshechos. Las manos, desde luego: negras, con las venas hinchadas y lucientes, acalambadas hacia adentro, estuviéramos o no en el remo. Esto por el dorso; por abajo, los dedos cuadrados, con un livido ribete de carne aplastada. Debajo de cada callo, un ancho derrame seropurulento sobre lla-ga viva.

Algo más: los remos de proa, dejando mucho que desear en su empuñadura, trabajaban sobre el índice y el pulgar, y venían trabajando desde veintiséis horas atrás. Había allí, pues, dos nuevos puntos de mortificación en toda la extensión física y moral de la cosa.

Con estas manos — sin contar lo que había en las muñecas y la cintura — remábamos siempre, aunque como es lógico suponer, los turnos habían disminuido. Eran ahora de media hora o tres cuartos, a lo sumo. Equitativamente, los descansos eran muy cortos, — de diez minutos, a veces, — que apenas teníamos tiempo de gozar, tirados a popa. En un momento — es difícil apreciar lo cortos que son diez minutos — volvíamos al remo. Al rato el maquinismo brutal nos cogía de nuevo; tornábamos a balancearnos, a alzar los hombros hasta las orejas, a tirar, tirar siempre, con la base de la mano, con la primera falange, con la punta de los dedos, con cualquier cosa menos con la mano.

Esto, al rato; pero los primeros minutos eran muy duros porque teníamos ya las manos frías, y tirar era una verdadera tortura. Y teníamos, sobre todo y por encima de todo, la moral completamente quebrada.

Un remero mira con placer el agua a uno y otro lado de sus toletes, porque ello constituye una honrada diversión. Pero a nosotros no nos divertía ya el agua, ni el Paraná y su frescura crepuscular. Era tanto, que en la más fugaz ojeada al borbollón de agua fan-gosa que levantaba la pala; en un simple tropiezo de mirada con un tornillo flojo,

una cuaderna fuera de la perpendicular, había una verdadera náusea, porque nos sentíamos hartos de todo eso. Hubiéramos dado no sé qué por emplear de otro modo las fuerzas, porque en realidad no estábamos extenuados. Era un cambio de oficio, lo que queríamos; hacer otra cosa, cualquiera, menos aquella cosa horrible de echarnos adelante y tirar atrás; volver otra vez adelante, y tornar a hacer fuerza atrás; sin la menor variante, siempre el mismo movimiento, desde las tres de la mañana, y desde toda la tarde anterior. Dejar de remar; esto es lo que queríamos. Cambiar de oficio, nada más. Y esta impresión de náusea a todo y por todo, vivísima al tornar al banco, crecía de qué modo durante media hora de la misma miseria.

Nuestro pasajero, sentado a popa con la barra, estaba mudo desde la caída de la tarde, lo que le agradecíamos infinitamente. Tampoco hablábamos nosotros, por lo que es fácil comprender. Lo único que nos interesaba, en cuanto a esperanza, era llegar a la barra del San Juan antes de las nueve de la noche, pues eso formaba parte de nuestro plan. El resto, — incluso en primer término el mutismo del pasajero, — nos tenía sin cuidado.

De pronto, y cuando menos lo esperábamos, pues comenzábamos a forzar la larga corredera de Itahú, el pasajero soltó la barra en un largo desmerezo:

— ¡Qué aburrido estoy! — exclamó.

— ¡Cuide el timón! — le contestó de un humor bastante mediano Ismael, que tenía turno de descanso. En el comienzo de un rápido es lícito hacer cualquier cosa, menos apartar un instante la atención de la corriente.

¡Aburrido!... ¡El señor estaba aburrido! Cambiamos una ojeada con Romero e Ismael, y bajamos los ojos, evitando como el fuego mirar el agua.

Al rato el pasajero tornó a exclamar con voz plañidera:

— ¡Tengo unas ganas de estar en casa!...

Ismael, que tenía las manos en el agua, — para ablandarlas, decía él, — cambió de postura y sacó los pies afuera, a la corriente. Yo estaba en los remos de proa, los que trabajaban sobre el índice y el pulgar. Vi la cara de Romero vuelta al tolete izquierdo, y mantenida fija allí durante un momento. Nada más.

Pero en la mueca característica de Rome-

ro, cuando el hígado comienza a aconsejarlo mal, y en los ojos entrecerrados al río de Ismael, sentí el pulso de nosotros tres. He aquí el estado en que estábamos:

No había allí desde una hora atrás, como acabo de anotarlo también, un detalle, el más insignificante de todos los detalles anodinos, uno sólo que no nos suscitara un hondo sentimiento de repugnancia, porque estábamos hartos — ¡hartos! — de todo. De «La Gaviota» entera, con sus remos desiguales, sus toletes desiguales, el puente de proa rebocado de barro, el fondo sucio, lleno de herramientas y trozos de diarios; la Parabellum oxidada, a medio caer de un cajón de popa; las correas de la máquina fotográfica, apretadas por la tapa del otro cajón; hartos de esto, de todo, de nosotros mismos y del diablo.

Y a gentes que estaban en esta situación, dando todo lo que podían con las manos destrozadas, venía un tipo a recitarnos que él, él estaba aburrido y tenía ganas de estar en su casa!

Ya una hora antes, al declinar el sol, y estando yo en turno de descanso, había observado las caras de Ismael y Romero, remando con el sol de frente. Ismael usa el pelo hacia atrás; pero entonces lo tenía caído en un pesado mechón goteante de sudor, que el muchacho apartaba de los ojos con una sacudida. Sucio, — ¡desde luego! — desencajado de cansancio, con la mueca a que lo forzaba el sol en los ojos, mostrando los dientes a cada esfuerzo hacia atrás, era aquello todo un trozo de cinta salvaje.

El pelo de Romero, en cambio, que éste aplanaba normalmente a un lado, se había alborotado hacia arriba, en dos mechones curvos que le brotaban de los costados de la cabeza — porque en el medio tiene poco pelo. Negro, él, los ojos inyectados y la boca saliente por el profundo pliegue de las mejillas, era una buena figura del hombre que está pasando el límite que le concede su entrenamiento.

Pues bien: en aquel momento todo esto me era muy poco simpático, porque yo a mi vez sentía la náusea de mí mismo. Este solo detalle: el pelo de Ismael para abajo y el de Romero para arriba, me mortificaba, como un aspecto provocador. Y si entre nosotros mismos no hablábamos, ello se debe a que nos quedaba un resto de común y mutuo respeto por lo que estábamos pasando y pensando.

¡Es de figurarse ahora la gota de aceite que volcaría en nosotros, la observación cilla del pasajero reclinado sobre tres almohadones, haciéndonos notar que él hallaba un poco largo el viaje!

El Paraná comenzaba a oscurecer. El último rostro morado de la canal se perdía en la sombra de la selva paraguaya, que avanzaba hasta la mitad del río, y «La Gaviota», blanca, debía parecer una pequeña cosa gris que remontaba trabajosamente arrimada a la costa.

Pero en la frescura ya muy viva del río, y a pesar de ella, la temperatura del tercieto iba creciendo, porque el pasajero se disponía a abrir de nuevo la boca. Lo sentíamos bien en sus miradas altas a una y otra orilla. Mientras observaba la toma de la proa en la corriente, que es el deber de todo timonel en el Alto Paraná, todo iba bien; pero apenas el deseo de estar en su casa lo invadía, comenzaba a mirar alternativamente los borbollones de agua de los remos y después la costa a derecha e izquierda. De modo que la tensión de nuestros nervios, ya dura para con nosotros mismos, llegaba al disparate ante la amenaza de una nueva observación.

— ¡Qué vida ésta! — suspiró de pronto.

Paré bruscamente los remos y miré hacia popa. Romero quedó detenido en el primer tiempo, echado adelante, y con los brazos en los remos. Volvió la cabeza a proa con una sonrisa — o lo que él cree que fué sonrisa. — Pasó un instante, y los remos cayeron de nuevo.

Pero la copa estaba desbordada. Cuanto hay de impulsividad en un individuo sumamente cansado y rabioso, estaba vibrando de la roda al timón de «La Gaviota». Durante diez segundos no levanté los ojos de los diarios en los pies: estaba seguro de que el pasajero comenzaba a hallar de nuevo aburrido el paseo... ¡Ta!

— ¡Qué daría por estar!...

Sin una palabra, Romero levantó el remo y lo aplastó en la cabeza del charlatán.

Las palas de los remos son de lapacho, que es una madera muy dura; pero sólo tienen tres milímetros de espesor, lo que alcanzando a luchar victoriosamente con el agua, no es suficiente para matar de plano a un hombre. De modo que el pasajero no murió del golpe, aunque cayó adelante, después de mirar fijamente el cielo.

Volvió en sí en seguida, pero con bastante pesadez, tardando un buen momento en reconocernos. Murmuró luego, pasándose la mano por la cabeza:

— ¡Qué bárbaros!...

Esto era evidente; nada podíamos objetar. Pero debió haberse dado cuenta él mismo de cómo estábamos nosotros, con nuestro estado físico y moral...

Sacudía siempre la cabeza, sin querer oírnos:

— ¡Qué bárbaros!...

En fin, aquello había descargado los nervios, mucho mejor que la tormenta, contenida siempre en sordo tronar. Cruzamos el Paraná, pues ya no teníamos luz suficiente para llegar a los remolinos del San Juan, y dormimos atracados a una jangadilla, bastante contentos después de todo, pues aparte un posible baile de viento y lluvia, estábamos a seis leguas escasas de San Ignacio.

Llegamos al día siguiente a mediodía cosa que no hubiéramos podido ejecutar sin la feliz interposición de diarios arrugados y elásticos entre remo y mano. Hay además, antes de llegar a San Ignacio, dos o tres tropiezos con el Paraná entero al doblar el Teyucuaré, que se pueden utilizar para concluir con las fuerzas de tres pobres diablos.

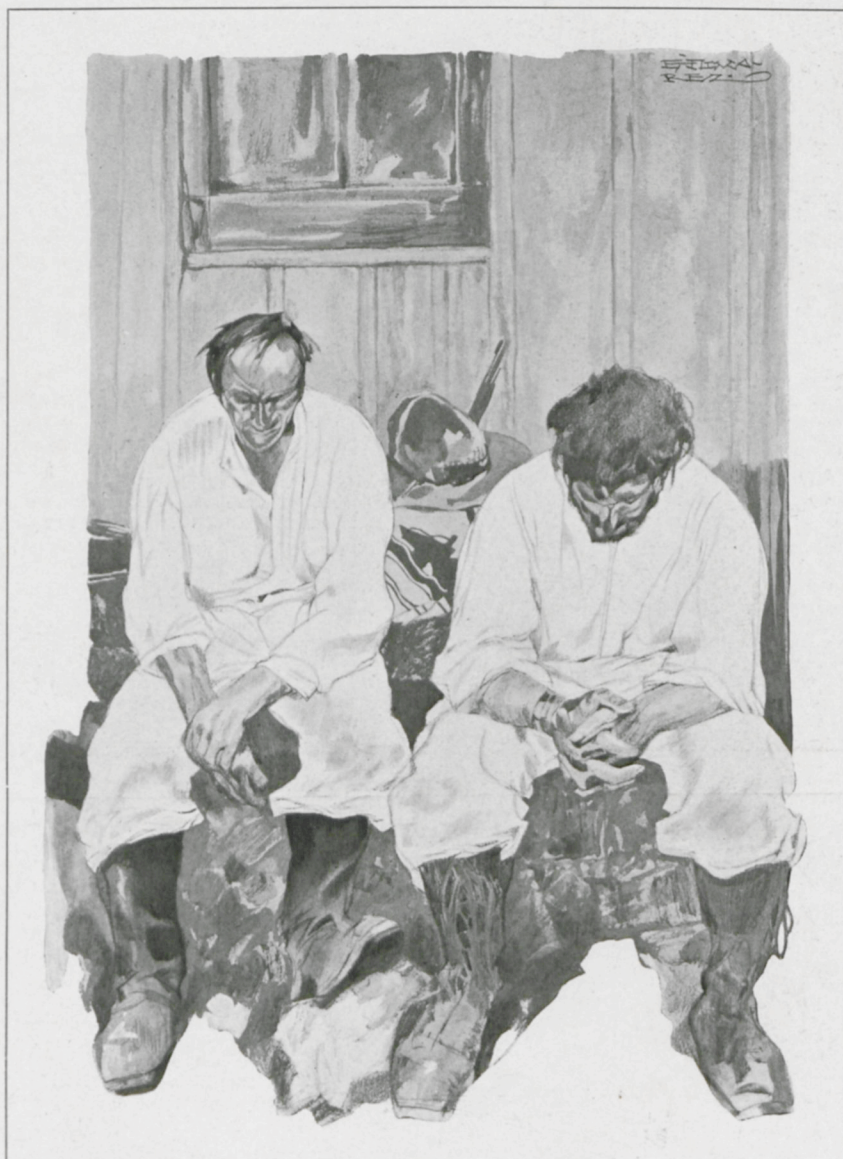
Como final, la llegada a nuestro país, aquella media hora de espera en el andén de Calmón, bajo un sol a plomo que está evaporando en vaho asfixiante un ligero chubasco, mientras el mensú de yaque traía a tirones los caballos del sulky, y nuestro pasajero nos tomaba una fotografía doblados sobre los codos, más blancos al sol que el sol mismo, — aquella media hora es la más fuerte que hayamos pasado fuera y dentro de «La Gaviota» — el pasajero incluso.

Dos días después, inmaculadamente limpios y peinados, tomábamos café con leche en casa, a la vista del Paraná, cuando pasó a caballo nuestro pasajero. Iba al puerto, a embarcarse de vuelta a Posadas. Nos saludó al pasar con la mano, y tuvimos tiempo de gritarle que si volvía a San Ignacio antes de fin de mes, pues nosotros debíamos regresar a Buenos Aires en esa fecha, podríamos planear un bello paseo.

— ¡Cualquier día!... — nos contestó alegre.

HORACIO QUIROGA.

DIBUJOS DE ÁLVAREZ.





ARTE FRANCÉS

PENSATIVA
ÓLEO DE COROT.

DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR FRANCISCO LLOVET.



COLECCIONES ARTÍSTICAS del DR.
ERNESTO QUESADA



EL PEQUEÑO «FUMOIR». LAS TALLAS Y ESCULTURAS QUE LO ADORNAN, SON BELLOS EJEMPLARES AUTÉNTICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.



os muebles, las tallas y los magníficos tapices que conserva en su domicilio de la calle Libertad el doctor Ernesto Quesada, fueron adquiridos por su progenitor, en España, siendo ministro plenipotenciario de la República en el mencionado país. Con tan artísticos elementos, se alhajaron los salones de la legación argentina por el ya fallecido diplomático, a cuyas fiestas, dice uno de sus biógrafos, asistían las damas más linajudas y los hombres más eminentes de la corte.

El edificio donde se guardan hoy tan valiosas colecciones artísticas, carece de la amplitud que sería indispensable para el buen acomodo de los objetos, forzosamente distribuidos en anacrónica discordancia de valores, estilos y épocas. Su aspecto, más que el de una casa llena de suntuosas obras antiguas, da la impresión de un pequeño museo, donde se exhiben en orden de catálogo restos de estimable valor, debidos al arte de otros siglos.

Ocupando el frente de la sencilla escalera, ennoblecen el recinto un viejo repostero, que luce, sobre fondo de terciopelo púrpura, las armas ducales de Medinaceli, timbradas con la corona de los grandes de España. Respecto al origen de esta clase de ornamentos, se sabe que estuvieron en boga durante todo el siglo XVI, constando en un escrito donde se hace referencia a ellos, que el año 1570, hallándose Felipe II en Córdoba ocupado en dominar la rebelión de los moriscos de Granada, llegó el Duque de Medina Sidonia, haciendo su entrada en la referida ciudad el 13 de abril del mismo año; en su cortejo — dice textualmente — iban ciento sesenta y tres acémilas cu-



ÁNGULO DEL SALÓN ROJO. SOBRE EL ANTIGUO SOFÁ, ÉPOCA DE FERNANDO VI, HAY UN HERMOSO TAPIZ DE LA FÁBRICA DE GOBELINOS.



UN FRENTE DEL RECIBIMIENTO.



SAN BRUNO. IMAGEN DE ESCUELA GRANADINA, ATRIBUIDA A ALONSO CANO.



VISTA DEL GABINETE AZUL.

biertas con reposteros de lana, y seis más de terciopelo morado, con reales de plata y oro. El que ocupa nuestra atención debe pertenecer a esta época, pues años más tarde se empezaron a hacer en tapicería, encargándose a Toledo y a otros telares de Castilla.

Contiguo a la escalera hállase la cámara central o recibimiento, especie de repartidor que comunica con las habitaciones principales. Entre sus muebles se destaca un precioso tabernáculo de estilo churriguero, estofado y laminado de oro, puesto sobre antigua mesa de caoba. Los seis sillones, modelo isabelino, fueron propiedad del primer marqués de Salamanca, evocando por su procedencia los tiempos fastuosos del célebre financiero hispano. Colocadas en las paredes, descúbranse gran cantidad de tallas y esculturas, que componen uno de los más curiosos aspectos de la colección. Sobre repisa labrada y policromada ricamente, hay una imagen gótica de Santa Catalina, cuya fuerza de ejecución denota el carácter excepcional que lograron imprimir en obras de este género los artistas de la edad media. Su aspecto es majestuoso y rígido, teniendo al pie, junto a los pliegues del vestido, la cabeza de un emperador en actitud atormentada. Es un ejemplar raro y de gran mérito, parecido a otra imagen de las que se conservan en el museo de Cluny.

Cuatro medallones colgados en el testero principal, representan los cuatro evangelistas, y entre el cúmulo de figuras en actitud hierática, iconos bizantinos,



TAPIZ FLAMENCO DEL SIGLO XVI.

ángeles, alto relieves, soportes, etc., dos esculturas románicas del siglo XIII, bastante deterioradas por el tiempo. Otro de los frentes está revestido con un hermoso tapiz flamenco.

El comedor luce una sillería moderna sin estilo determinado, y a los costados del «buffet» dos espejos barrocos de 1640, muy decorativos; destacan igualmente pequeñas cornucopias con cristal tallado de Manises.

El «fumeur» es un saloncito ovalado, cuyos principales adornos lo componen valiosas tallas sobre columnas salomónicas, y pedestales ornados con guirnalda y entrelazos geométricos. Hay un niño desnudo, escuela de Roldán, el sevillano; una cabeza gótica de virgen, en madera renegrida y sin estofar, tipo catedral de Reims; un pequeño busto de peregrino, y el monje cartujo, obra de positivo mérito atribuido al racionero Cano. También existen algunos fragmentos de decoraciones antiguas, presentando en sus relieves, de gran pompa ornamental, escenas de vestiglos, figuras híbridas y monstruos de leyendas heráldicas.

La biblioteca es igualmente importantísima, ocupando un salón de treinta y cinco metros de largo por diez de ancho. Contiene muy cerca de cincuenta mil volúmenes, sin contar el archivo

donde se guardan unas diez y ocho mil copias de documentos referentes a la historia del continente americano, desde su descubrimiento y conquista hasta la época de su independencia. Sin duda es la biblioteca particular más valiosa y extensa del país,



EL AMPLIO COMEDOR DE LA CASA.





LA SALETA AMARILLA, ALHAJADA CON PRECIOSOS MUEBLES.



UN ASPECTO DEL SALÓN ROJO, Suntuosamente decorado.

siendo excepcionalmente notable en sus secciones de historia, ciencias políticas y literatura. Entre los muebles y objetos que ornamentan este lugar, se destaca un sillón de Milán, con taraceas de marfil y maderas olorosas artísticamente combinadas. En el respaldo cuadrilongo, tiene una escena con dos figuras, incrustadas en plata y cobre. Es un paje y una dama. El primero sostiene en sus manos un alcón en actitud de vuelo, y la dama, ataviada con amplios ropajes, tiene a sus pies un galgo y un pequeño leoncillo de marfil.

La parte destinada a recibir la componen tres cámaras, donde se encuentran los tres tapices, joya de esta colección. Proceden de la catedral del Borgo de Osma, a la cual habían sido donados por el emperador Carlos V el año de 1515. La fábrica de la catedral solicitó de la Nunciatura eclesiástica en Madrid, su enajenación, y a indicaciones de Monseñor Di Pietro, fueron adquiridos por el anciano diplomático doctor Quesada.

El primer salón, tapizado de rojo, tiene una sillera estilo Luis Felipe de Orleans, que armoniza con el tono de las paredes. El escritorio, que se halla frente a la puerta del recibimiento, es un precioso modelo italiano del siglo XVIII. Sus adornos están formados con taraceas del gusto rococó, teniendo esculpidas sobre el tablero las armas eclesiásticas de un cardenal del solio pontificio. En los ángulos, cuatro cornucopias doradas, y sobre antiguo pedestal, un busto muy raro que reproduce la efigie de un caballero, época de Felipe II; está tocado de boina carmesí, con pluma blanca ondulada hacia atrás y sujeta por un joyel. En esta sala hay también dos tapices de la fábrica Gobelin, fundada por Luis XIV a principios del siglo XVII. Representan un turco y un montenegrino. Del arco que comunica con el gabinete azul, pende un soberbio cortinaje chinosco, de armoniosa composición y contrastes de color sumamente decorativos. Figuró en el palacio veraniego de la emperatriz de China en Pekín, siendo llevado a Europa en 1900, cuando el saqueo de la expedición punitiva contra los boxers, comandada por el general Walsersel.

El gabinete azul es de un tono muy elegante. Su decoración y sus muebles, de seda rameada en términos de caprichosa curvatura, inspiran en la barroca solemnidad de los palacios matriten-



PARTE DE LA COLECCIÓN DE TALLAS.

ses. Hay dos sillas volantes que estuvieron en los salones de la reina María Cristina, y un diván de forma ovalada, cuya sedería fué un traje de corte usado por Isabel II, y regalado más tarde como recuerdo a una de sus azafatas. Las consolas, con altas lunas de bisel, sustentan ídolos y reliquias etruscas, figuras aztecas de la alfarería mexicana, pequeños Bhudas de Kiu-Chiang y otros objetos de distinto carácter y procedencia; igualmente hay varias mesitas cubiertas con tejidos del renacimiento, y viejos paños de tisú bordados en oro y realce.

De esta pieza se pasa a la saleta amarilla, lugar preferente de la casa. El estrado, compuesto de sofá, dos marquesinas y varios sillones, todo amplio y de lujoso aspecto, fué propiedad de los Enríquez de Ribera, Marqueses de Malpica, así como las cornucopias y espejos dorados a mercurio. Ocupando el espacio comprendido entre los balcones, una vitrina, sin adornos y de línea frágil, contiene muñecas de biscuit, abanicos, joyas, marfiles, tabaqueras y otros pequeños bibelots. Gruesas cortinas adamascadas, sujetas con prendedores borlados, entonan suavemente la luz que irradia por los cristales entreabiertos. Junto a la puerta que comunica con el gabinete azul, decora la pared

una de las tapicerías de que hablamos anteriormente, y sirviendo de dosel al estrado, y sobre el muro de la izquierda, otros dos tapices de la misma fábrica, con episodios bocetados por Rubens. Cubre el parquet una mullida alfombra de tonalidades apagadas y cenefa de hojas y frutas. En los rincones, algunos pedestales sosteniendo búcaros de porcelana, y en el centro, una mesita con el pie bifurcado en cuatro garras y con losa de mármol.

Sirve de complemento una bonita araña de cristal que lució en el palacio de las Vistillas, del duque de Osuna, famoso Embajador de España ante la corte de Rusia.

En su conjunto, la saleta amarilla tiene cierto ambiente aristocrático, sellado con el prestigio de lo pomposamente señorial y velado con la pátina de lo antiguo. Sus tintes han palidecido; han adquirido ya ese tono suave y armonioso que imprimen los años, y que dejan en el oro viejo de los muebles, un polvo amarillo y perdurable.



VISTA GENERAL DE LA BIBLIOTECA, COMPUESTA DE CINCUENTA MIL VOLÚMENES.

CARLOS-D
SOUSSENS

Louise de Saverne

A Martín Reibel,
criollo alsaciano.



Con gloria escribo en francés el nombre de la niña más divina de las que festejé en Alsacia-Lorena. Yo tenía diez y ocho años y venía de París en viaje de estudio por todo el Este de Francia. Durante seis meses de vagabundaje intelectual, ora en tren, ora «pedibus cum gambis», me había familiarizado con la sublime catedral de Reims, la belicosa Châlons, la riente y pintoresca Bar-le-Duc, la formidable Toul, guarnecida de fuertes en altísimas rocas abruptas, cuyo solo aspecto le inspira a uno aplastante pavor. Nancy, la señorial, que ostenta la joya de su maravilloso palacio ducal, me había hechizado también toda una semana. Por fin, después de una estada de breves horas en Luneville, penetré por Avricourt en Alsacia mártir.

¡Qué recepción, Dios mío! Yo, acostumbrado a la cortesía alegre, la natural afabilidad de los empleados franceses, me vi brutalmente interpelado por una especie de moloso. Ladrando, y con los ojos inyectados de sangre, me reclamaba los pasaportes como quien amenaza matar a uno.

Todo esto porque llegaba de Francia y hablaba su idioma. ¿Tal vez, examinando mi bigote ya floreciente y mi juvenil apostura marcial, le había entrado la vaga sospecha de que pudiera ser un oficial en misión de espionaje?

¡No! La grosería sistemática era norma impuesta, en los territorios anexionados, a toda la burocracia prusiana.

El primer lugar en donde me detuve fué Saverne, cuyo nombre cantaba heroicamente en mi memoria. Mi objeto principal era visitar el famoso castillo del cardenal de Rohan, prodigio de la arquitectura Luis XV.

De la estación a la ciudad no había sino un centenar de metros. Valijas en manos, franqué el hermoso puente y la primera casa que yo vi ostentaba ya un pregón de libertad y un símbolo de rebeldía. Era, en efecto, el Hotel de Guillaume Tell.

El dueño, gigante de barbas blancas, la dueña, diminuta mujer al lado de su marido, me acogieron con patriarcal bondad, y casi con entusiasmo mal disimulado, pues se les humedecían los ojos.

— ¡Luisa, Luisa, ven pronto!... ¡Un señor que llega de Francial...!

Y corriendo, palpitante de emoción, se me presentó, visión inolvidable, riendo y sollozando a la vez, una deliciosa niña, todo un poema de diez y seis años. La raza galo-céltica, que es el fondo esencial de la familia alsaciana, la había dotado de fulgurantes ojos negros y de opulenta cabellera castaña.

— ¡Monsieur... monsieur!...

Era todo lo que acertaba a decir, con voz entrecortada, la gentil criatura, embargada como lo era por todo un mundo de sueños patrióticos.

Pero la madre tuvo una inspiración verdaderamente sublime:

— Luisa, en la persona del señor, dale un beso a Francia a nombre de Alsacia y Lorena.

Confusa y orgullosa a la vez, la dulce niña se precipitó en mis brazos y depositó en cada una de mis mejillas un casto y sonoro ósculo. Se lo devolví generosamente y conservo aun en los labios la frescura perfumada de ese rostro cándido como un lirio que pudiera sonrojarse.

— ¡Pon la mesa, Luisa! — ordenó el viejo. — ¡El mejor mantel, los cubiertos de Pascuas, los vinos más añejos! El señor, supongo, — dijo, volviéndose a mí, — nos hará el honor de acompañarnos a cenar.

¡Qué alegría para esas buenas gentes y qué satisfacción moral para mí!

Delectable resultó la comida. ¡Esas truchas *meunière*, cuyo recuerdo aun me hace agua la boca! ¡Y esos vinos!... Blancos o tintos, eran dignos edecanes de tan sabrosos manjares.

Como venía de Francia, casi todos los gastos de la conversación, naturalmente, tuve que hacerlos yo.

Suspensos de mis labios, los viejos, la niña y hasta la servidumbre que escuchaba, ávida, desde el umbral de la cocina, todos oían religiosamente mis últimas sensaciones de París, mis comentarios sobre la situación política, mis entrevistas, en provincias, con obispos, magistrados, generales y otros altos personajes, la infatigable acción del noble Déroulé y su Liga redentora...

— ¡Ah! la Liberación tarda mucho en llegar, — suspiraba tristemente el anciano. — ¿Quién sabe si tendré otra vez la dicha de empuñar mi fusil como en el 70?...

A mi turno le rogué me contara algunos episodios de su campaña. Con toda sencillez, como si se tratase de aventuras de caza, me refirió ciertas hazañas suyas, que constituían toda una epopeya de valor sereno e indomable energía.

Me habían reservado la pieza de gala. Amueblada con patriarcal suntuosidad, me procuró la ilusión de no estar en un hotel, sino bajo el techo de parientes. Dormí triunfante, soñando en el alma ingenua de Luisa y la sana bondad ingénita de sus padres. ¡Siempre franceses en la idolatría del honor y de la dignidad!

— Señor, son las diez. Como usted nos recomendó avisarle. ¿Prefiere usted café o chocolate?

Quien tan maternalmente me despertaba era madama Wirtz, la dueña.

Rápido me vestí y, una vez apurado el desayuno, anuncié mi propósito de visitar el castillo de Rohan.

— Se ha convertido en cuartel, donde hacen de las suyas los hidalguillos (junks) de Prusia. ¡Cuidado con entrar, que le pueden hacer pasar un mal rato... por equivocación!

— Ya que han profanado con su presencia, los vándalos, los principescos salones, me limitaré a contemplar la noble fachada del augusto monumento. No quiero ver lágrimas en los ojos de los Amorcillos que tejen guirnalda de rosas traidoras, ni el espanto de las Pastoras interrumpidas en sus idilios por el ruido de crueles armas... De todos modos, quiero estudiar a Saverne en pleno día. La nieve ha dejado de esparcir sus mariposas y el sol brilla. ¡Qué paisaje de encanto!

Ignoro si los esposos Wirtz y Luisa entendieron algo de mi lenguaje figurado, pero como yo llegaba de París...

Al retornar de mi excursión, noté con asombro que, a lo largo de la avenida, hombres de todas las condiciones sociales, mujeres y niños, se habían aglomerado y cariñosamente me saludaban en francés, con un entusiasmo interior contenido como la fuerza de un volcán.

Esa noche, como las siguientes, el «Guillaume Tell» se convirtió en un santuario patriótico. Mal o bien, todos los asistentes hablaban el dulce idioma de su dulce Francia y, sintiendo latir en mi pecho adolescente un corazón sincero, absorbían mis palabras como los robles de la montaña aspiran el aroma de la flor más humilde.

Invitaciones me llovían de todas partes y, cosa sorprendente, Luisa reía de dicha al verme tan agasajado. Estábamos en plena semana de Navidad, y todos los elementos leales se empeñaban en que permaneciera hasta la ceremonia del Arbol.

¡Inolvidable noche!... Después de la misa del Gallo, los notables y yo, Luisa también, especialmente invitados, nos reunimos en casa del primer

abogado de la ciudad. Abiertas de par en par las puertas del gótico salón, vimos en sitio de honor un magnífico pino de los Vosgos, deslumbrante de luces y banderitas tricolores.

Empero había también un nacimiento... El niño Jesús, la Virgen, San José, el Asno, el Buey, todos llevaban cintas con colores franceses. En el Establo se había deslizado, sin embargo, un intruso: un Chanco, y, detalle picante, lo habían adornado con los colores alemanes!...

Honda emoción, impregnada de cruentos recuerdos y de imborrables esperanzas, nos embargaba a todos durante la fiesta, a pesar de las tradicionales libaciones.

Al regreso, di el brazo a Luisa. Los padres nos seguían a poca distancia. Aproveché el misterio de la noche propicia, toda sembrada de líricas estrellas, para declarar, temblando, mi amor.

Gravemente me contestó Luisa:

— En mucho aprecio sus elevados sentimientos, porque entrar en una familia como la suya sería para cualquier pobre niña como yo un ideal. Además, lo quiero de veras, porque usted ha despertado en mí un mundo de sensaciones poéticas que no sospechaba. Adoro sus versos y su modo

de expresar, su vocabulario tan pulcro hace vibrar todo mi corazón de francesa. Yo lo quiero, pero no lo puedo querer sino como a un hermano, porque estoy comprometida con mi primo, que es suboficial en el ejército

francés. Siempre he jurado no ser esposa sino de un militar. Y ruego a Dios me dé muchos hijos varones para que sean todos soldados y contribuyan a la liberación de Alsacia y Lorena.

— ¡Noble Luisa! — exclamé. — Tú eres verdaderamente la virgen fuerte simbólica de tu raza. Con el corazón destrozado te apruebo, te felicito y me pongo de rodillas ante el altar de tu heroísmo.

Esa noche era la última que pasaba en Saverne. Temprano iba a tomar el tren para Estrasburgo.

Nuestros besos de despedida fueron santamente fraternales y ambos, en medio de nuestras sonrisas, llorábamos.

* * *

Desde ese tocante episodio, habían transcurrido quince años. Me encontraba de nuevo en París, después de haber viajado por muchas tierras y saboreado el cáliz de profundas amarguras.

Rubén Darío y yo estábamos platicando en la suave intimidad del Luxemburgo, frente a la fuente Médicis, do pían sentimentales, los gorriónes.

— Mira, Rubén, a ese joven capitán que camina con muletas. Está sin duda en convalecencia en el hospital militar del Val-de-Grâce. ¡Qué linda mujer lo acompaña! ¡Y qué hermosos hijos!...

El grupo se sentó en nuestro banco y, como conversábamos en español, el oficial y su esposa se pusieron a hablar en dialecto con plena confianza. De repente oí esta frase:

— A propósito, Luisa, ¿has recibido noticias de Saverne?

Quedé fulgurado como por un rayo. Miré con disimulada atención. ¡Sí! era ella, mi Luisa, mi hermanita de Alsacia!

Ante Rubén Darío, estupefacto de mi osadía, me dirigí al capitán, que lucía sobre el viril pecho la cruz de la Legión de Honor:

— Perdónese, señor, mi indiscreción; pero usted acaba de pronunciar un nombre que evoca para mí un sagrado recuerdo. He vivido en Saverne ocho días de los más deliciosos de mi vida. ¿Podría darme informaciones respecto a la familia Wirtz, dueña del «Hotel Guillaume Tell»?

— Con inmenso placer. Precisamente mi esposa es la hija...

Pero Luisa ya me había reconocido y, levantándose, profundamente conmovida, gritó, llena de júbilo:

— ¡Ah! Monsieur... Monsieur... Gastón, este es el señor de quien tanto te hablábamos, papá, mamita y yo. ¡Qué gloria para nosotros!

Se irguió sin aparente dificultad el oficial, me hizo el saludo militar y, de repente, los dos nos abrazamos como viejos hermanos.

Y Luisa me presentó a sus cuatro hijos, tres bellos varones y una nena que prometía ser aun más seductora que la madre.

— Son mis sobrinos, — decía yo, cubriéndolos de besos.

— Y nada para su hermana Luisa, — reflexionó con cierta gracia picaresca el capitán.

Y, como en Saverne, Luisa me tendió sus castas mejillas de santa mujer francesa...

RA ♥ MARTA ♥ ALDAO
♥ DE ♥ HILERET.



RTA ♥ ELENA
♥ SANTAMARINA.





EL REMBO DE LAS INDIAS...

RECUERDOS DEL GRAN VIAJE DE UN ILUSO

En aquella hermosa mañana de septiembre (cuando me decidí a la conquista de las Indias), tenía yo veinte años de edad y sesenta duros en dinero; los cincuenta para adquirir un pasaje de tercera hasta San Juan de Puerto Rico, y los otros diez para el resto de gastos y contingencias.

Nunca vi reunido tanto dinero en una sola mano. La idea de que portaba en mi bolsillo sesenta duros, me hacía temer fantásticos riesgos, inverosímiles robos. Aun no estaba en moda la literatura detectivesca ni el cine tenebroso se había inventado; pero mi imaginación sugería truculentas escenas en las que alguien, con mirada misteriosa, averiguaba el sitio de mi tesoro y me lo arrebatara de alguna manera, incluso asesinando-me. Por consiguiente, no pude dormir ni estar tranquilo en todo el viaje desde San Sebastián hasta Santander. Constantemente palpaba mi dinero, que iba envuelto en un fuerte papel y oculto en la parte interior del chaleco.

Todo fué bien, sin embargo, y nadie intentó asesinarme. Cuando adquirí en Santander mi pasaje de tercera, creo que me sentí aliviado de una pesadumbre; entregué los cincuenta duros en la agencia, compré un sombrero de paja en substitución de mi boina azul, y aliviado de tantos compromisos me lancé a vagar por la ciudad. Corrí al puerto e hice que me mostrasen el buque que me llevaría a Puerto Rico. Allí estaba el vapor, chato y feo, no muy grande, anclado en la bahía. Sólo tenía de bello el nombre: se llamaba *Maria*. Lo mismo que aquella hermana mayor, tan buena, que yo quise tanto y que se murió en plena juventud.

Entonces, al contemplar el buque que había de llevarme a la emigración dudosa, empecé a sentir la amargura de la nostalgia. Todavía no empezaba mi emigración, y ya el ser enterero se me deshacía en lágrimas... Me veía desarraigado de mi país, de mi familia, de mis ilusiones; me consideraba como un individuo sobrante e inepto a quien se despiden, quizá para siempre. ¡Adiós la tierra patria! Los amigos, las chicas rientes y codiciadas, los paseos solitarios a la luz lunática, los versos escritos secretamente, los libros amados, la ilusión de gloria literaria... Todo se desvanecía en un momento, y yo no era más que un joven emigrante que se sumergiría en faenas prosaicas y en una vida vulgar de indiano. ¿Y era posible que mis padres y hermanos hubieran consentido aquella ruptura trascendental? Las lágrimas saltaron a mis ojos cuando consideré la ingratitude de mi familia; me vi inmensamente abandonado... ¡y capciosamente olvidaba mi sentimiento que yo mismo, con mi terca manía de vagabundaje ultramarino, fui el iniciador y consumidor de aquella aventura!

El viento sacudía las jarcias; la mar, gruesa y espumante, daba al barco de proa y le hacía balancear con un alto y majestuoso movimiento. El chirriar de las maquinillas rimaba con el sordo rumor del viento y del olaje, y los marinos, ágiles en la última maniobra, aferraban las anclas y recogían en ruedas los chorreantes calabrotes. La noche caía densa y nubarrrosa. Por el costado se deslizaban las luces de la ciudad. Un gran alarido de la sirena anunció, por último, que entrábamos en la región del mar abierto.

Mi baúl y mi maleta estaban, pues, dentro del buque. Yo estaba dentro también, ¡pero en qué estado miserable! Un enorme, indecible mareo revolvió mis entrañas hasta el martirio y golpeaba mi frente con un atroz martilleo. Me habían dado una litera en el castillo de proa, hecha de lona burda. En aquel pequeño e inverosímil camarote debíamos dormir los cuatro pasajeros de la expedición y otros cuatro tripulantes. Mi litera colgaba allá arriba, pegante al techo, y para preparar hasta ella necesitaba realizar un complicado ejercicio gimnástico.

¡Qué horribles parecían las bascas del mareo en aquel exiguo camarote y aquella angosta litera balanceante! El tufo de humanidad, el olor a brea, el repugnante hedor de grasas, todo venía a complicar la angustia de mi estómago débil y desgraciado. A veces, por el agujero de cristal, abierto como un ojo en la banda, veía asomarse una alta ola, cuya espuma rezumaba después largamente sobre el cristal lloroso.

De pronto oí sobre cubierta, y en la misma proa, un tumulto feroz. Voces airadas, blasfemias, gritos de mando, jactar de hombres agarrados en riña... En la semiestupidez de mi mareo, en la sombra de la noche nubarrrosa, alcancé a ver el relámpago, el fulgor siniestro y fugaz de la hoja de un cuchillo. — ¡Amarra! ¡Amarra!... Era el capitán del buque, hirsuto y rechoncho vizcaíno, que con jadeante y rencorosa voz ordenaba a su gente el secuestro y castigo del culpable.

Al día siguiente me enteraron del drama. Uno de los marineros, vascongado como el capitán, había subido borracho a bordo. Era un arrogante mozo, joven y un poco petulante, que en la vida de los grandes puertos adquirió sin duda las mañas y los ademanes del valentón. Acaso el capitán no era una persona muy generosa ni simpática. Lo cierto es que el marinero encontró la ocasión propicia para liquidar agravios antiguos. Trabáronse a reñir, y faltó poco para que el capitán se encontrase con el pecho agujereado. En cuanto al marinero valentón y beodo, ejecutivamente y sin melindres fué amarrado al palo trinquete, para que la noche, el viento y la lluvia le refrescaran la cabeza.

Desde el día siguiente acomodé mi vida a las costumbres de a bordo, y desvanecido ya el mareo, resignado con mi suerte, procuraba buscarme un poco de felicidad en aquel reducido mundo balanceante. La obscura costa del Cantábrico nos acompañó por la banda de babor algunas horas. Hicimos escala en La Coruña, y luego, defi-



nitivamente, nos arriesgamos en la larga travesía del Atlántico. Trabé amistad con mis compañeros de camarote. Uno era un mulato de Puerto Rico, especie de gandul, joven y grande, que hablaba siempre un lenguaje obsceno saturado de exageración tropical. Debí de considerarnos un poco ingenuos y excesivamente virtuosos, porque nos abandonó en seguida; se iba a la parte de popa y al entrepuente, donde los pilotos, maquinistas y cocineros acosaban a una pobre mujer con esa excitación repugnante que se apodera de las gentes en las largas travesías de mar.

Mis verdaderos amigos eran dos muchachos del valle de Baztán. Uno parecía un hidalgo de aldea, fino de facciones y bien portante; hartos de verle malgastar los años en la plaza y los caminos de Elizondo, sus padres lo enviaban a Puerto Rico. El otro era un pastorcillo vivaz, ambicioso y enérgico. Marchaba recto a la conquista del oro, y a estas horas, seguramente, será un señor barrigudo que consultará las cotizaciones de los Bancos.

Nuestra distracción más amena consistía en asomarnos a proa, cuando llegaba la noche, y ver atenta y maravillosamente la fosforescencia de las aguas tropicales. La punta recta del buque hendía el mar y lanzaba a los costados dos masas burbujeantes de espuma; y las espumas entonces, bajo la calma densa y penumbrosa de la prima noche, llenábanse de constelaciones milagrosas, de fósforos ondeantes, de cavernas rápidas y encendidas, como bocas de los antros donde viven las hadas.

Otras veces nos referíamos nuestras vidas y alzábamos el velo de nuestras ilusiones. Pero aquellas almas simples concluían por fatigarme. Y mi recalcitrante pasión solitaria me hacía buscar el ángulo más escondido, en las serenas tardes luminosas y allí encontraba a los buenos compañeros: los libros.

Ya mi familia me lo advirtió: «Nada de lecturas que distraen; deja los libros de una vez y hazte hombre...»

POR JOSE
MARIA
SALAVERRIA

Pero yo pude deslizarme en mi maleta tres o cuatro volúmenes. Había un tomo empastado que yo estimaba mucho; era una colección de ensayos de Macaulay. Los que se referían a Grecia y a la Florencia de la época del Dante me gustaban extraordinariamente y los releía siempre con entusiasmo. Leídos entonces en pleno Atlántico, en la serenidad de aquellas horas inefables, tenían para mí un nuevo sabor sublime y evocaban en mi espíritu tiempos y civilizaciones de bella y heroica vida.

Otro libro pude meter en mi bagaje. Tan pequeño, tan poco voluminoso, que fácilmente lo escondía en mi bolsillo. ¡Ah, el diminuto y manoseado libro, tosco y en rústica!... «Parerga y Paralipomena», decía el título; y era su autor el detonante Schopenhauer. ¡Cuántas veces recorri sus páginas, desde la cabeza hasta el pie! Las márgenes del libro tentador estaban llenas de cesuras, observaciones y llamadas. Y en mi mente quedaba claro el recuerdo de la primera lectura, jaquella lectura catatráfica, decisiva, verdadero terremoto moral, en que mi espíritu pensaba a cada frase que estaba operándose un milagro, porque parecía que aquellos pensamientos se habían escrito expresamente para mí, o que los había escrito mi otro yo, más culto y discursivo que yo mismo!...

¿Cuánta parte de culpa le cabía a Schopenhauer en aquel viaje que yo emprendía entonces? Lo cierto es que el «Parerga y Paralipomena» produjo en mí una inmensa revolución moral; cuando salí del primer asombro, observé que mi espíritu se había complicado con una imprevista agregación; un orgullo íntimo, una confianza en mí mismo, una protesta soberbia contra la voluntad rebajadora y diminutiva del vulgo se alzó dentro de mí, sin duda con cierto exceso juvenil. Y mediante el «cataclismo schopenhaueriano», inmediatamente me propuse conquistar el nervio del orgullo: el dinero. ¡Sería independiente, dueño de mis días y mis gustos, separado del vulgo, con opción a una vida elevada como la de Grecia y Florencia! Hacía falta dinero... Está bien; unos cuantos años en Puerto Rico me darían la posesión de la modesta fortuna que yo necesitaba.

Pero en la tarde luminosa y serena del Atlántico, levantaba a veces mis ojos del libro tentador, y con espanto pensaba:

«¿Cuántos años me bastarán para ganar esa modesta fortuna que necesito? ¿Cinco años? ¿Tal vez diez años?... Y después de una vida de comercio, de grosería y de tratos vulgares, ¿conservaré todavía la flor poética y virgen de mis ideas, de mis sentimientos y propósitos? ¿No me habré convertido en un infame hombre vulgar?...»

Cuando pensaba esto ¡hubiera querido volverme atrás, huir con el tesoro de mis sueños, defender mi vida contra la amenaza de aquella perspectiva de pedestre indiano! Pero el buque seguía su marcha inflexible. Entonces, en lo más secreto, me prometí pasar lo más rápido posible por encima del tormento de la emigración. ¡Y de este modo operaba sobre mí el viejo Schopenhauer, infundiéndome un gran vuelo de huida al principio, para separarme después del camino de la voluntad ejecutiva!

En fin, una mañana vimos alzarse la sombra de las montañas de Puerto Rico, entre la masa de nubes caliginosas. En la playa, unos cocoteros, con su gracia sensual, me revelaron el signo y el tono exótico de la América soñada. Luego se aproximó la barca del práctico; desde cubierta, muy abiertos los ojos, veía yo los remeros, cuyos dientes, puestos al descubierto por la sonrisa pueril de la raza, blanqueaban extrañamente en los rostros negrismos...

Madrid, diciembre 1917.

DIBUJO DE SIRIO.

El vendedor de loros



El amigo paraguayo me dió todos los pormenores que yo le pedí sobre la vida y costumbres del pintoresco vendedor.

«Puede afirmar que es un oficio fácil. El vendedor de loros se encamina al bosque y en el árbol más gritón arranca la rama más llena de loritos. Después la terea sobre el hombro, procurando guarde perfecto equilibrio aquella balanza de la charlatanería.

«El guaraní llama loro al loro, a la cotorra no se qué, al árbol favorito de loros y cotorras le dice...; pero será mejor suprimir los vocablos indígenas porque sino el artículo de costumbres que usted fragua, va a llenarse de voces ininteligibles como el palo del vendedor.

«Hablemos de la mercadería antes de pintar al comerciante. El loro y su cónyuge la cotorra, a quienes la gente quiere enseñar lenguaje, fueron los Berlitz del hombre cuaternario. Todos los gritos, silbos y rumores del bosque los encontró coleccionados en aquel diccionario de tapas verdes. Antes de que el chisporroteo del hogar alegrase las cavernas, el chirrido «cotorril» las hacía habitables. Quizás de ahí vengan las sinónimas cotorro y cotorro. El loro enseñó al hombre la sílaba «st», raíz de una innumerable familia de vocablos. «St», «chist» o «chirrist», es el alerta del loro; lo exhala cuando alguien quiere tocarle, cuando se dispone a pedir la papa. Y por eso, el hombre primitivo decía «chist» para llamar, para imponer silencio, para revelar su presencia. «Sta», «chist», «wihit» y todas las voces primitivas en las que la s y la t se unen, fueron patrimonio lingüístico de los cazadores y guerreros; el léxico de la vigilancia, del pavor, de la precaución. Entre ellas y el «alerta está», de nuestros centinelas, hay poco trecho. Se me olvidaba decirte que el «chist» fué también expresión de alegría convertido en «chiste»; el loro es y era muy chistoso.

«A la imitación verbal la castigó la naturaleza emplumándola con plumas verdes. Sobre el balancín que el vendedor sostiene sobre su hombro, las cotorras imitan antipáticamente todo lo imitable, y, aferradas sobre las patas de presa, infladas de cursilería y vanagloria, se contonean. Ya lo dijo el vate, al pintar la figura de un pseudopoeta:

*En millones de arrobas de cantares
ha disuelto un adarme de poesía
y un gramo de ridículos pesares.
Parece una cotorra tonta y fría
que, so el poder de los divinos Lares,
pena de plagio y de ñoñez expía.*

«Desde hace siglos, el hombre enseña idiomas al loro, como si deseara vengar la mudez de los abuelos trogloditas. Así acuchilla, y vende de paso, a su maestro.

Brasil está el dilatado paraíso de los loros. A fuer de buenos plagarios son ladrones; roban la fruta, los granos y la paciencia.

«Por esta causa, el vendedor ambulante de loros es un ser benéfico; si el público le ayudase en esa labor de exportación, pronto la República quedaría libre de gritos. Yo creo

que el espíritu revolucionario tal vez debería elegir al loro por animal heráldico, y más si se tiene en cuenta que esto de las revoluciones es imitación, pura imitación.

«¿Vende loros el vendedor de loros? He aquí un problema aun no resuelto. Yo nunca le he visto hacer transacciones. Acaso este comerciante, contagiado por el instinto de su mercancía, parodie a los comerciantes de verdad, es decir, juegue al juego de la venta.

«De pura raza india, de cutis sombrío que contrasta con el escandaloso verdor de sus pupilos, pasea y pasea, pregonando sobriamente. Cuando la rama queda vacía, vuelve al bosque y busca otra bien llena.

«Tenemos, pues, un símbolo a hombros de otro símbolo, ambos viejos, expresivos: el indio y el loro. La raza que se va, que se extingue encerrada en nuestras ciudades donde no encuentra libertad ni aire, obligada a vivir traficando con la imitación. El ave que no es ave ni hombre, el pajarquito charlatán y menudo como una comadre, especie de bruja en pena.

«Usted, yo y todos los que vivimos de la negra pluma, aceptemos como símbolo esta pareja: el indio y el loro. Nadie mejor personificará nuestro destino. Como si fuesen ramas elegidas en el bosque, llenamos las líneas de los libros y de los periódicos con vocablos que forman ideas. Y tales ideas son incansables repeticiones de todo cuanto los humanos labios están repitiendo desde hace siglos y siglos. Varía la ocasión y el lugar, las personas y las cosas; pero nosotros proseguimos entonando las mismas cantatas en busca de la papita del loro, a cambio de decir cosas que creemos nuevas bajo un sol incapaz de alumbrar novedades, como tan bien lo expresaba Salomón en latín macarrónico.

«Usted, hostigado por el afán de originalidad, quiere llenar espacio haciendo primores, a propósito de un vendedor que vió desde lejos. Toda mi ciencia cotorril la puse a su disposición; lo demás lo puede extraer ya hecho de las páginas de una enciclopedia, donde se le concede al loro una importancia que no tiene.

«No me hable más del estúpido animalito a quien yo haría sordomudo o, por lo menos, le concedería alas de águila que lo remontasen hasta los elevados desiertos de la atmósfera, hasta esa altitud donde explotan los globos y no se oyen los chirridos del gramófono.»

«Antipático resulta ese pajarquito testarudo, antecesor del gramófono. Un loro es una pesadilla con pico corvo y patas ganchudas. Si Zeus hubiera odiado verdaderamente a Prometeo, hubiera encargado al loro la tarea de comerse el hígado del titán. El dolor y el fastidio habrían hecho perecer al benéfico semidios, arrepentido de su filantropía.

«El vulgo atribuye conciencia y pensamiento al loro. «Hablo, luego soy», parece afirmar el pájaro cuyas actitudes tienen algo de solemnes y meditadas».

«En cuanto al mercader de la verde mercadería —prosiguió mi amigo— puede decirse que es perfectamente absurdo. Vender loros y cotorras en el Paraguay, viene a ser algo así como juntar puchos en La Habana. En las selvas de allí y en las del

EDUARDO DEL SAZ.

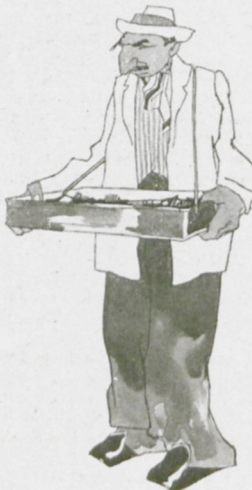
DIBUJO DE ALONSO.



Hay que suponer que, toda persona que se lanza a la calle pregonando la mercadería que transporta, lo hace con el propósito de venderla, ¿verdad? Pues, no, señor. Yo he tenido que convencerme de que tal suposición es errónea. La mayoría de las personas que llevan por la calle canastos, bolsas, cestas, etc., y gritan, no son vendedores ambulantes, como generalmente se cree; deben ser personas que se dedican a un nuevo sport que no conozco, o que realizan el cumplimiento de un voto o la fórmula de algún rito que tampoco conozco.



Y hago esta afirmación porque he tenido verdadero empeño en averiguar la relación que pueda existir entre el grito que lanzan y la mercadería que venden, y nunca he podido encontrarla. He tenido necesidad de perseguir al marchante, tomar al oído el pregón y luego, materialmente, meter las narices en la cesta o el canasto para averiguar de qué se trataba. ¡A mí que no me digan! Entre vendedor y comprador debe existir una clave más complicada que la que emplea la diplomacia; de otro modo sería imposible establecer el mutuo conocimiento y los vendedores ambulantes hubieran desaparecido o habrían cambiado la forma de anunciar la mercancía.



Y como todo cuanto aquí digo es de fácil comprobación, invito al incrédulo a fijar su atención en los pregones y no habrá uno que aclare el enigma como no vea por sus propios ojos de lo que se trata. Para esta investigación hay que poner en actividad, por lo menos, dos sentidos: si ejercita uno sólo, pierde el tiempo miserablemente. Más aún; me ha ocurrido el caso de ver lo que se pregona, he escuchado el pregón y me he dicho en el acto: no puede ser; una cosa no tiene ninguna relación con la otra. Y he mirado con recelo al vendedor, llegando a sospechar si sería un espía alemán.



Pero no; es que seguramente no estoy en el secreto, porque la comunicación entre vendedor y comprador está preestablecida y se entienden; el que no lo entiende soy yo. Fijense, fijense y verán.

OBSERVACIONES INÚTILES PREGONES CALLEJEROS

—«I-ce-ri-ce-ri-ce-rii... schó!»
¿Saben ustedes que quiere decir esto? Ciruelas. El que oiga el grito y, como yo, no se asome al canasto, ¡en seguida sabe que son ciruelas! Otro caso:
—«A bental-paqué-tamani!»
Traducción: A veinte el paquete de maní. Vean, vean este otro:
—«Lemoná-talemoná-tagasó!»
A la fija, dirá cualquiera, este es un producto japonés. Pues no, señor, que es: Limonada, Limonada y gaseosa.
Y este, que si no es vasco le anda raspando:
—«Gurú-badida-da-sedá-echamanó!» —y que puede cantarse muy bien con música de zortzico, — quiere decir: Corbatitas de seda hechas a mano.
—«Bay-nebaineda!» Peines y peinetas.



¿Y qué me dicen de este otro, que parece una dignidad china?
—«Kamandari!» Pues son... naranjas mandarinas.
—«Gamaró-negamaró!» Camarones.
—«Lurami-tode-cami...!» El ramito de jazmines.
—«Boy... teterére!... Bollitos tostados.
Y ahí van tres pregones, que deberían pertenecer a la misma familia y no tienen ni aire de ella.
—«O... quinta!» — Corvina.
—«Frushca... frushca!» — Pescado fresco.
—«Boo... ooh!... ¡Boo... ooh!» — Pescado.
Como se ve, los tres gritos anuncian pescado, pero el que intente averiguar porqué el mismo artículo se anuncia de manera tan diversa, tiene para rato. ¿Por qué no se pondrán de acuerdo?
Otro caso que, a pesar de mi empeño, sigue en el misterio. Un individuo con aspecto de vendedor, llevando una bolsa vacía debajo del brazo, grita de puerta en puerta:
—«Anarabá!»

He mirado en todas direcciones para encontrar la mercadería reveladora y... ¡nada! No había absolutamente nada que denunciara la cosa. El vendedor ha seguido tranquilamente metiendo la ca-



beza en los zaguanes y gritando:

—«Anarabá!»
Y me he quedado con las ganas de saber que es Anarabá.

Los casos apuntados y otros que no recuerdo, me obligan a preguntarme: ¿Habrá en todo esto un misterioso secreto que no acierto a penetrar? ¿Será que la práctica habrá demostrado que pregonando con claridad se vende menos, o no se vende? ¡Vaya usted a saber!

En esta forma de anunciar hay tres excepciones: El afilador, con su siringa de fauno, lanza escalas cromáticas y, ya se sabe, por la fuerza de la costumbre, que no es el dios Pan precisamente, pero es el afilador. El vendedor de helados, con su bocina que recuerda los antiguos conductores del tranvía; y el triángulo del barquillero. Lo que no he podido oír todavía es un conjunto de ese terceto, pero valdría la pena. Si cree «El Diapasón» que puede aprovecharse la idea, que la aproveche.

En pro del mejoramiento de las costumbres, propongo a los vendedores ambulantes una modificación: aplíquese a los pregones música conocida y apropiada y me parece que saldrán ganando, pero a condición de que se entienda la letra. Vaya un ejemplo:

Música del tango «Cara sucia»:

«Camarones, camarones, camarones, que se acaban ahora mismo de pescar.»

Aunque se hayan pescado dos meses antes, para el caso no importa.

Con música del «Tango Argentino»:

«El ramito de jazmines...» etcétera.

Y este otro, que no hay que decir que música le cuadra, porque salta a la vista:

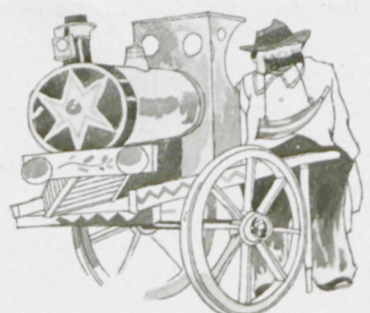
«Muy rica trae el marchante la naranja mandarina, será fina, será fina...»

Y el comprador, para salir de dudas, prueba una, se cerciora si es fina o no es fina... y ya está.

Para todo esto, naturalmente, habrá que contar con el beneplácito de la «Sociedad de Autores», porque se corre el riesgo de que quieran cobrar los derechos de autor o prohibir la entrada a los vendedores en los teatros nacionales y sería una grave contrariedad. Pero conseguido el permiso correspondiente, nada hay que se oponga, pues yo, por mi parte, renuncio, desde ya, a los derechos que puedan corresponderme por la iniciativa.

ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJOS DE ALVAREZ.



En el amplio parque de la Villa Augusta, sentadas en cómodas sillas de Viena pintadas de blanco, bajo los esbeltos pinos que han hecho famosa dicha residencia veraniega, Eulalia, Lydia y Clotilde sostenían una plática animada. Comentaban el último acontecimiento importante: Eulalia acababa de romper su compromiso matrimonial con Carlos Figuerella, el hijo del célebre banquero.

Clotilde y Lydia, que no llegaban aún a los veinticinco años, eran dos hermosas morenas, casadas poco tiempo antes casi simultáneamente. Lydia tenía los ojos verdes con raros matices dorados, desmesuradamente abiertos, que parecían absorber en la contemplación de una trágica dicha presentida. En los momentos de emoción aquellos ojos miraban ofreciéndose, semejantes entonces a dos profundas promesas de felicidad. En Clotilde lo que llamaba la atención era la boca. Era una boca pequeña y rosada que rechazaba toda comparación. Ninguna flor era tan bella, ninguna seda tan suave, ninguna piedra preciosa tan igual y luciente en el color, ni fruta alguna tan apetitosa y provocante. Era, además, una boca elocuente. Había más expresión en aquellos labios finos que en las pupilas espléndidas de Lydia. En el rostro tranquilo de Clotilde aquella boca de excepción producía un efecto diabólico. Gracias a ese contraste, hijo de uno de los momentos en que la naturaleza se equivoca, Clotilde era una de esas mujeres que inspiran extraños temores a los hombres superficiales y que después, en el hogar, resultan divinamente buenas.

Eulalia era una magnífica rubia de veinte años. Delgada, alta, sin un ángulo, su cuerpo de eurytmia perfecta tenía la gloriosa asensualidad de los seres sobrenaturales. Todo en ella se conformaba al tipo de la mujer seráfica: los ojos azules llenos de inteligencia, la boca exigua y graciosa, la nariz severa y un tanto movable y el aire grave sin afectación. La cabellera azafrañada y abundante, de un brillo fantástico, trazaba un marco de luz a la belleza inaudita de la cara. Era una joven nacida para el sacrificio, para el heroísmo, para dar la vida con alegría, en un ímpetu, por el hombre amado o por la fe sentida.

—Hablemos claro— exclamó Lydia en el tono imperativo que la distinguía. —¿Por qué rompiste con Carlos?

—Por la sencilla razón de que no le quería— fué la respuesta de la interrogada.

—No me satisface— dijo Clotilde. —¿De modo que necesitaste tres años de noviazgo para darte cuenta de que no le amabas? ¿Tan lenta eres para conocer tus sentimientos?

—He precisado tres años y me felicito. Peor habría sido que hubiese hecho después de casada tan terrible descubrimiento.

—¿En qué circunstancia penetraste en el fondo de tu corazón? ¿Qué suceso te reveló tu desgracia? Porque es una desgracia no amar al hombre para quien una ha sido durante tanto tiempo la más dulce promesa y la mejor esperanza.

Estas palabras, pronunciadas por Lydia, tuvieron la virtud de herir hondamente a Eulalia. Cambió de posición en la silla, haciendo un movimiento como si quisiera acurrucarse, como si intentara recogerse en sí misma. Quedóse luego inmóvil, con la mirada fija a la distancia, en una actitud extraña que bien pudiera ser la de la estrella de la contemplación o la de la timidez.

—Si es un secreto— murmuró Clotilde— guárdalo, Eulalia, no lo cuentes. Te conocemos demasiado para creer que se trate de algo que afecte tu buen nombre.

Esta frase produjo en la rubia deliciosa el efecto de una puñalada. Sin embargo, mantuvo su hierática quietud. La mujer que, cuando se le solicita una confidencia o en el amor, vacila, está derrotada. La duda en tales instantes implica el vencimiento. Sólo un acontecimiento imprevisto, ajeno a la situación, puede salvar a la víctima. Tal



acontecimiento no se produjo en el caso de la doliente Eulalia.

—Sabréis— empezó diciendo la triste vencida— que siempre he estado enamorada de una ilusión. Un hombre ideal, adornado de cualidades heroicas y con facciones energías y hermosas, con rasgos típicos reveladores de una perseverante voluntad de dominios, ha ocupado siempre la parte más noble de mi espíritu. Es un hombre que yo tengo la convicción de haber visto y de haber amado. Y no precisamente en sueños. Lo he visto y lo he amado en otro mundo, en otro momento de mi existencia, en un instante de mi vida que yo debo haber olvidado. ¿Es esto locura? No lo sé.

Hizo una pausa como para ordenar sus recuerdos. Lydia comentó:

—Esa es una consecuencia de la lectura de novelas. Es el príncipe de hermosura irreal con que sueñan las muchachas cuando despiertan al amor.

—No. Jamás he leído novelas. No me agrada ese género de literatura. La realidad es más interesante que el mejor producto de la imaginación cuando se sabe vivirla hondamente. La mejor novela es nuestra propia existencia y la existencia de los que nos rodean. Esta tiene al menos el sublime vigor de las cosas verdaderas. La vida es trágica. Hay más dolor a veces en una lágrima que en un pistoletazo.

—No te apartes de tu relato— insinuó Clotilde, curiosa.

—Cuando conocí a Carlos Figuerella— continuó narrando Eulalia— creí haber hallado en él algo del ser extraordinario de quien estaba enamorada. No sé qué había en su rostro que me recordaba a mi vieja ilusión. Como veis, no amaba en él sino a un recuerdo. Me pareció sincero y acepté sus ofrecimientos apasionados. Al principio me dí a pensar que Carlos cometía una usurpa-

ción. En ocasiones me causaba la misma impresión que me produciría un audaz que, fingiéndose mi padre, me robaba un beso en la sombra. Ese pensamiento me fué abandonando

poco a poco y acepté a Carlos, acostumbrándome por fin a la idea de unirme a él en matrimonio. De tarde en tarde, sin embargo, me acordaba de mi antiguo amor perdido y sufría una especie de remordimiento. Mi cariño a Carlos era casi una infidelidad. En cierta oportunidad este sentimiento alcanzó a ser una tortura insuperable. Sabéis vosotras que en esto tengo yo creencias bastante raras.

—Así es— afirmó Lydia. —Un día me sostuviste que la mujer casada que peca con el pensamiento quita la verdadera paternidad a sus hijos. Eres una muchacha excepcional.

—Pasó el tiempo— siguió la narradora. —Yo me había habituado a Carlos y hasta llegué a suponer que le quería. Pero una mañana, ayudando a mi madre en la limpieza de un mueble viejo, encontré en el fondo de un cajón un retrato amarillento, recortado de una revista. Al verlo, lancé un grito. Aquel retrato era el del hombre que yo había amado en esa otra vida a la que su recuerdo, y sólo su recuerdo, me unía de modo indestructible. Mi madre, inquieta, me preguntó qué me pasaba. Después de un prolongado silencio, durante el cual mi alma experimentó una revolución, un cambio total y definitivo, interrogué a mi madre: «¿De quién es este retrato?» Palideció ella y yo insistí, cruel: «¿Por qué te alteras?» Hizo ella un esfuerzo y repuso, suspirando: «Es una historia breve, pero intensa. Una noche estábamos en la Opera, tu padre y yo. Escuchábamos a Tammagno. De repente, en momentos en que el inolvidable tenor cantaba una romanza emocionante, alguien en un palco vecino sufrió

un síncope cardíaco. Tuve tiempo de contemplarle a mi satisfacción. Era un hombre joven, de rasgos pronunciados que revelaban voluntad y talento. A pesar de su actitud de vencido por el mal, se adivinaba que aquel hombre era capaz de dominar al mundo. Tuve un minuto de pasión fanática. Afortunadamente, para dicha mía y de todos, el joven murió aquella noche. Yo guardé su retrato, que recorté de una mala publicación mensual. Pero... ya lo había olvidado».

Lydia y Clotilde escuchaban con interés creciente. Sus almas, hasta entonces puras, no concebían aquellas complicaciones.

—Tras una rápida meditación— prosiguió Eulalia— pregunté a mi madre: «¿Había yo nacido para entonces?» Ella contestó: «Naciste cinco meses después». No volvimos a hablar del asunto. No podéis imaginaros el cúmulo de pensamientos que en los días que siguieron a aquella inaudita confidencia pasaron por mi mente. Estuve enferma. Pasé una semana recluida en mi dormitorio y sin querer ver a nadie. Aquel hombre, muerto hacía veinte años, era el amante cuyo recuerdo ocupaba mi corazón completamente. Mi pena era honda y sin consuelo. Yo había heredado una pasión sin esperanzas; estaba enamorada, estoy enamorada de una sombra. ¿De modo que el idilio vivido en otra vida inescrutable se reducía a una dolorosa remembranza? Jamás desesperación alguna igualó a mi desesperación. Nada es más triste que pasar por el mundo habiendo perdido la más dulce, la más grande, la más bella de todas las ilusiones: ser amada del ser que se ama. Sufrir los pesares ingentes del amor sin haber conocido al bien amado, es espantoso... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Hundió la desdichada el rostro entre las manos. Ni Lydia ni Clotilde se atrevieron a pronunciar una palabra. Ellas no comprendían la extraordinaria psicología de la rubia encantadora, pero adivinaron la intensidad de su dolor y lo respetaron. El silencio en este caso era un divino homenaje. Eulalia continuó, después de un rato:

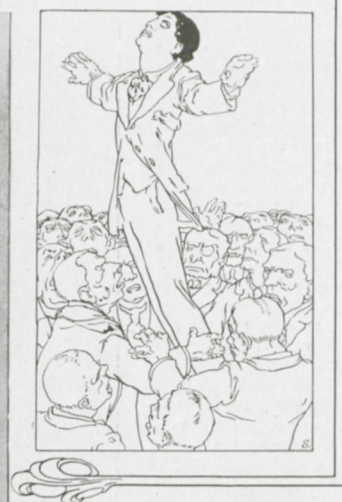
—Cuando me sentí con valor, escribí a Carlos, manifestándole mi deseo de hablar seriamente con él. Celebramos nuestra entrevista, la última, en el jardín de mi casa. Entré bruscamente en materia. Le dije que era necesario que rompieran nuestro compromiso, porque me había convencido de que no le amaba. Doliente, casi con lágrimas en los ojos, me preguntó los motivos de mi resolución. Había pensado ahorrarle la pena de una explicación; pero, al advertir su cobardía, sentí hacia él un poco de desprecio, y me animé. Fué una a manera de exaltación. «No te amo— grité— no puedo amarte, porque adoro a otro, a otro que no tiene más vida que la que le da mi propio corazón. Amo a un hombre que los demás creen muerto; pero que no lo está, porque se halla en lo más hondo de mis entrañas con vida más real y más potente que la de ese acervo de seres sin aspiraciones ni propósitos que representan la comedia de la existencia por arte de quien sabe qué misterioso destino. Y no es un amor repentino. Lo he amado siempre; sólo que hasta ahora no había podido rehacer fielmente su recuerdo. Porque has de saber que estoy en demencia de amor por un recuerdo que, por lo intenso e imborrable, es una realidad, es más que una realidad». Carlos quedó por un instante estupefacto. Luego se levantó intranquilo, asustado. Aquel infeliz creyó que estaba loco. Se fué sin despedirse. Yo quedé dichosa en mi tortura.

Los pardos ojos de Lydia, más abiertos que nunca, revelaban una profunda emoción. Clotilde, no menos emocionada, miraba fijamente a Eulalia, como si quisiera conocer todo lo que en su alma acontecía. Al cabo dijo dulcemente:

—¿Quieres un consejo?

—Dilo.

—Cásate con Carlos.



DIBUJO DE
ALEJANDRO
SILVEIRO
MCMXVIII

LA VERDAD SOBRE LA MUERTE DE OSCAR WILDE



Por
GARCIA
LANDA

Algo borrachos — de alcohol y de luna — íbamos Oscar Wilde y yo por las calles de París en las horas de la madrugada. Algo borrachos, sí señor, porque como los dos éramos pobres, imaginativos y desgraciados, buscábamos en la bebida consuelos que la realidad nos negaba y sin los cuales era nuestra débil voluntad cosa exangüe y fofa.

Estaba Wilde magníficamente decididor; él, tan parco siempre, charlaba con brío andaluz. Yo escuchaba asombrado y deslumbrado ante aquel derroche de ironías, paradojas, flores y estiletaos. Estaba en la situación de un chico en un bazar lleno de maravillosos juguetes. Wilde, por primera vez, desde que salió de Reading, se sentía dichoso, mejor aún: se sentía sencillamente humano y viril.

Para celebrar aquellas nuevas nupcias con la vida — tal el clásico alboroque de las ferias — decidimos brindar: entramos en un tabernucho, el dueño atajó el paso a Wilde:

— Usted no puede entrar.

— ¿Por qué?

— Lea esa advertencia.

Alzamos la vista al cartel, que contenía la vulgar prohibición policial de separación de sexos. Un ¡oh! de rabia y de impotencia se estranguló en la garganta de Wilde.

Salimos, más que avergonzados, tristes. Largo trecho caminamos en silencio. Iba Wilde con la cabeza caída sobre el pecho y aire de trágica derrota.

— Tienen razón, y sin embargo soy mejor que ellos...

— ¡Quién lo duda!

— Pero he de vengarme y renacer.

Nos separamos; me pareció ver en la frente de Wilde una arruga siniestra y un resplandor sombrío en sus ojos... Fui a mi casa, dormí...

A la noche siguiente — ¡con cuánto asombro! — leí en los diarios la noticia de la muerte de Wilde. Todos, con justo y piadoso sentido, olvidaban las desgracias del hombre para hablar solamente de las glorias del escritor. Pero a través de todas las

glorias, yo veía al pobre Wilde, solo, en el camastro del hospital, tendiendo las manos trémulas de agonía, sin que nadie las estrechara. En homenaje al pobre muerto — ¿cuál habría sido su último pensamiento? — leí el «De profundis»... Después pensé:

— ¡Qué diablo!; por orgullo y por limpieza estética, conviene morir como Wilde; que la trágica mueca final y la espuma negruzca que manche nuestros labios, sea para nosotros solos. Hay que morir de cara a la pared, sin alegrar al sobrino que desea heredarnos, ni a la mujer que para gozar a sus anchas espera a que nos vayamos del mundo, ni al querido compañero que ve en nuestra muerte su ascenso y mejora.

A los tres días, al entrar en casa, me encontré con Oscar Wilde.

— ¿Con Wilde?

— Sí, señor; con Wilde, el mismo, con Oscar Wilde Fingall O'Flahertie Wills, con Wilde el de Dublín, el autor de «El retrato de Dorian Grey», el amigo de Douglas, el amado y funesto, el discípulo de Ruskin, el perseguido por lord Queensbury, ¡con Wilde el grande!

Pálido, pregunté:

— ¿Usted?

— Sí, yo mismo; tenía un plan para vengarme y ya he empezado a realizarlo. Fui al hospital, pero de acuerdo con un médico, en la cama a mi destinada se colocó a un moribundo, que falleció al poco rato, con el nombre de Oscar Wilde. Oscar Wilde no existe ya. Yo soy Leónidas González, guatemalteco. ¿No es tristemente divertido? Me voy a Florencia. Allí trabajaré como joyero y orfebre. Labrar una buena joya es tanto como cincelar un soneto impecable. En Florencia hay historia y leyenda. Hay un río glauco. Sobre sus puentes pasan la caravana ociosa de los ricos enfermos de tedio y la devota procesión ardiente de los artistas soñadores y pobres... Ustedes me harán una estatua; a usted se la confío, y cuando vaya a inaugurarse apareceré yo sobre el pedestal. ¡Wilde vivo y limpio de pecados por esta farsa de la muerte!

Pensé en el acto, ¿qué me conviene más? ¿Ir a «Figaro» o «Le Matin», que pagan bien estas historias sensacionales, y relatar lo ocurrido, o explotar en mi provecho y a mi capricho el ingenio de Wilde? Huelga decir que opté por lo último.

Hice la campaña pro-estatua, escribí cientos de artículos, inicié subscripciones, obtuve subvenciones, interés a las academias y hasta el alma puritana de Inglaterra — ¡al fin y al cabo Wilde era del imperio! — se abrió, rompiendo la costra cuáquera, en un rasgo generoso.

Wilde en Florencia saltaba de contento. Me enviaba cuentos admirables y magníficas poesías que yo firmaba y cobraba a espléndido precio. Yo tenía la fama y la fortuna, Wilde su venganza.

Ya todo listo, telegrafí a Wilde: «Ven ya». Tres días después debíamos descubrir el monumento. Anatole France pronunciaría un discurso, la bella actriz Lilian Enmery depositaría un ramo de flores con cintas de los colores de Francia e Inglaterra; asistiría el ministro y los niños de las escuelas británicas, con sus maestras — unas señoras escuálidas, con lentes y trajes a cuadros. — cantarían un himno, uno de esos himnos ingleses que en unos compases parecen salmos y en otros saltarina música de charanga de circo... La noche anterior Wilde y yo robamos la estatua...

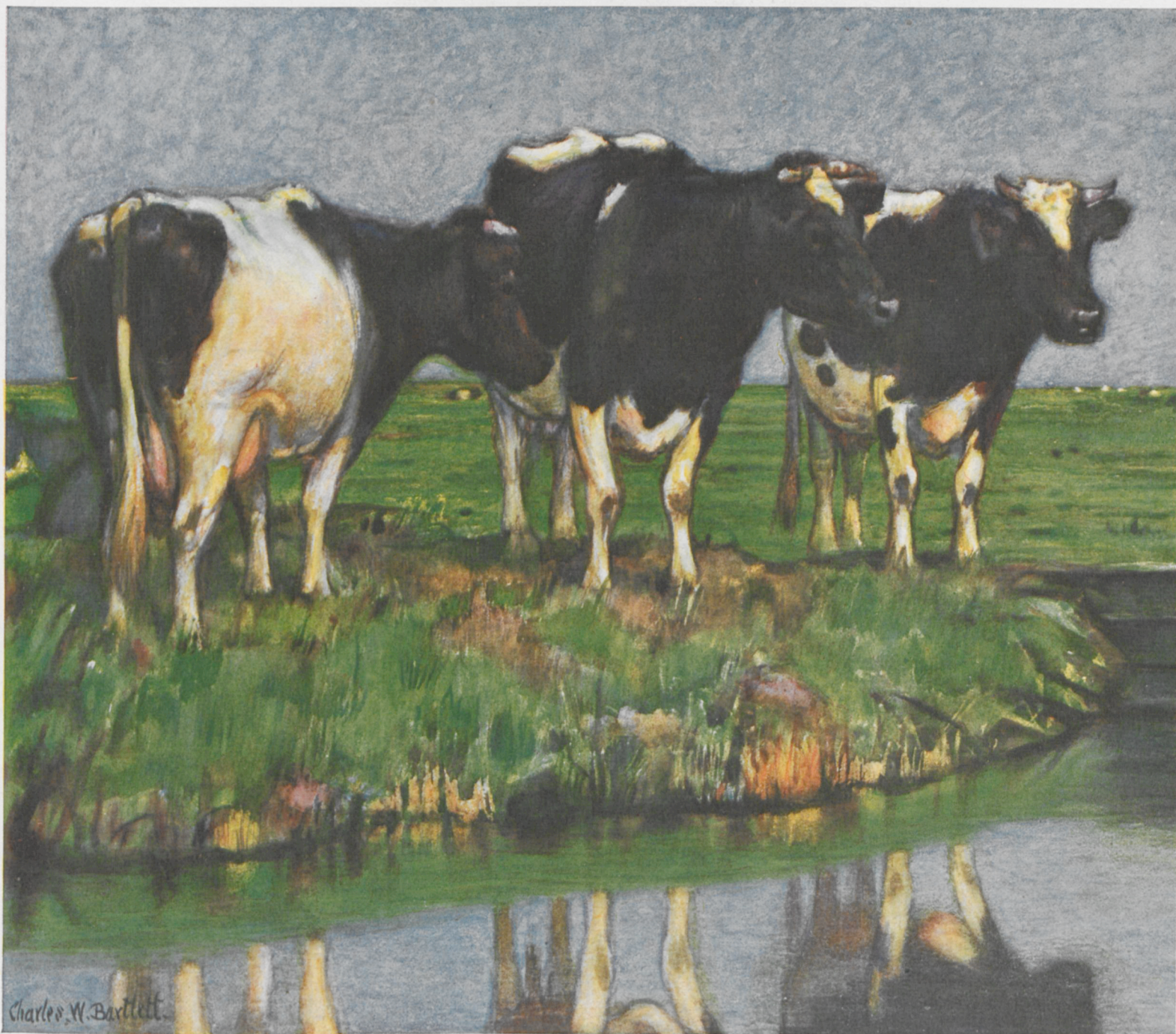
Se descorrió el lienzo y ante el público atónito, en vez de un mármol apareció un hombre.

— ¡Yo soy Wilde! — clamó soberbiamente.

— ¡Un loco, un loco! — gritó todo el mundo. Se aplazó la ceremonia. El loco fué detenido. La justicia averiguó que se trataba de un tal Leónidas González, guatemalteco, y lo internaron en un manicomio.

Poco después se descubría el monumento; Wilde, en tanto, se moría de veras y casi loco en una celda de la Salpêtrière. Cuando lo supe, ¡al fin era su gran amigo!, pronuncié en la soledad de mi despacho esta humana oración fúnebre:

— ¡Ya era hora! ¡Me estaba molestando ese tipo! ¡Cualquier día iba a pretender discutir mi gloria y mi dinero!



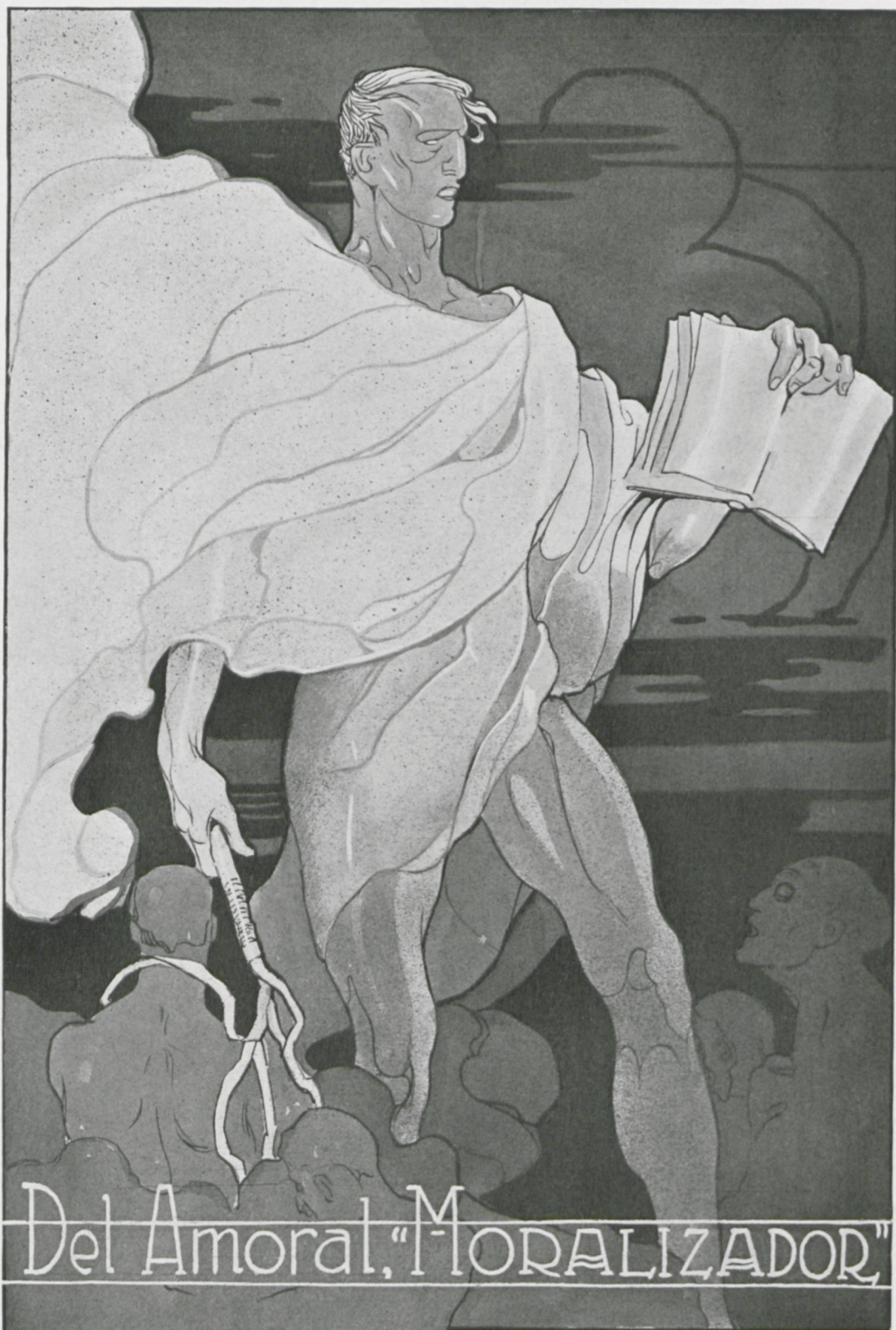
ARTE NORTEAMERICANO

AL BORDE DE LA LAGUNA

ACUARELA DE CHARLES W. BARTLETT.

PROPIEDAD DEL DOCTOR ARAOZ ALFARO.





Del Amoral, "MORALIZADOR"

Un ser abominable y tan inmune, que no se le puede justiciar.

La excesiva disciplina ejercida sobre los otros; el demasiado temor infundido, aunque sea con fines moralizadores, es siempre despotismo.

Tan pernicioso resulta un individuo *déspota*, como un criminal; del mismo modo va contra las reglas y los convencionalismos el uno como el otro.

Seres estúpidos y contumaces hay, con un concepto tan bajo de lo que es moral social y de lo que es administrar justicia, que llegan hasta a personificar su necio alarde de autoridad, su monomanía moralizadora, no ya en las personas sino en un irresponsable animal cualquiera, como con frecuencia se ve.

Se trata de evitar, por todos los medios, el roce con individuos, para quienes el más legal, es un *ladrón*, el más santo, un *paria* y la más honrada, una *prostituta*.

Son los empeñados en alterar constantemente la tranquilidad, la normalidad en el vivir de cuantos tienen el infortunio de caer bajo su contacto forzoso o bajo su tutela, y, sin embargo, muy poco caso se les hace.

Pertenecen a la legión de los *cretinos* con la manía de las meticulosidades, con la obsesión de la moral práctica, hasta lo impracticable, y son más temibles, mucho más, que un *libertino* cualquiera, porque el *cretino dogmatizador*, el moralizador así, es, en tal caso, en el seno de la familia y de la sociedad, mucho más amoral que aquél, mucho más disolvente.

Debe obrar, en ese inepto, una causa oculta terrible. Su contextura psicológica es un enigma, aún. Puede afirmarse que es la anomalía moral que menos raíz genitora se le encuentra, dado que no se sabe de dónde procede: si del aire, si de la luz... si por atavismo...; quizás por reflejo, e incapaz de asociar y sustentar, incapaz de equilibrar, de ahí la aberración que lo hace abominable.

Abominable, en efecto, la esencia psíquica del presunto moralizador aberrado. Tanto más, desde que, por otra parte, imposible es de reprimir o de evitar... Es tan noble la humana divisa que ostenta, indignamente, es tan pura que, aunque la escarnece y maleficia, ella misma lo ampara, ella lo preserva contra cualquiera acusación justa, contra toda represalia legal, por parte de la Razón.

No se puede repetir que tiene su límite la moral, para ser administrada, desde que es obvio encarecer, una vez más, verdad tan axiomática.

Empero, y por desdicha, en el insólito albedrío del moralista fatuo, tiene su translimitación y, con ella, su pernición manifiesta, puesto que siempre resulta, en él, la antítesis del verdadero punto moralizador.

No se exigirán de un padre, excesivamente sagaz, hijos que no sean bobos, ni de un marido hosco e inconsecuente con esa liberalidad condicional, esposas que no sean infieles. De la misma manera, de didácticos y educadores rigurosos, en exceso, e intransigentes, no podrán salir más que educandos toscos y discípulos desilusionados del saber. Es lo que se obtiene de cualquiera de esos *demagogos* de tribuna procaz, y que llevan la paradoja y la hipérbole furibunda, por doctrina, la utopía por apostolado... es, en fin, una plebe detentadora, incendiaria. Y fruto deplorable es, también, el de un *director* de Estado, *déspota* y opresor cuando al fin consigue la sublevación y la anarquía total, entre el pueblo.

La libertad, el derecho, la estimación propia, santos valores, privativos de cada cual, ofrecen resistencias sin límites cuando, inconsultamente, se les ataca o se les usurpa.

Porque una cosa es la austeridad, la prudencia y otra es la temeridad extorsionadora, al proceder con los bienes ajenos, morales o materiales.

La Suprema Justicia, al ser tan *justa*, sin dejar de ser *Suprema*, obra con equidad: se pronuncia, o no, inexorable, según los casos.

Tolerancia, no es *licencia*: se entiende, tolerancia, por convicción.

No es ser ecuanímes, querer ser inflexibles, para conseguir laudos frutos de moralidad y de justicia, en la práctica.

Fiscalizar, pues, el autoritarismo y la administración moral que ejerce, con tanta frecuencia, el moralizador y justiciador insensato, entre la familia y entre el pueblo, sería moralizar, sería hacer justicia.

Con el soberbio consuetudinario, amoral; con ese irrespetuoso, que no tiene la menor noción de la facultad ni de la personalidad ajena, que no la consiente, bajo ningún pretexto, porque tiene que servir antes y siempre, de forma esclavizada, al propio egoísmo devorador... con ese que no moraliza nunca, sino por propia conveniencia, que reclama, insistentemente, moralidad y probidad en los otros, pero que vive huérfano del don moral y que no fué probo jamás... con ese, sí, hay que ser inflexibles.

Para serlo — se entiende, aquellos que gozan de la relativa aptitud virtuosa — aunque se tenga que prevaricar, en conciencia, ante el principio de la legalidad intangible, hay que ser circunspectos, hay que ser precavidos... Es esa *precaución* y es esa *circunspección*, reglas y académicas, exentas de todo gesto de violencia, en la práctica, que es lo esencial, para con el *amoral-moralizador* exaltado e indómito.

Será, es verdad, la *academia* de la sutileza falsa; del *ludibrio*; de la *adulación*... la *regla*, en fin, de la *hipocresía*: será una disciplina hipócrita la que se le infiere al inepto; pero es la que lo atenúa, es la que lo inhabilita.

En puridad, es, la *escuela*, ingrata que, para muchos, al llevarla a la práctica, constituye un esfuerzo sobrehumano; no obstante, es la que defiende y evita la discordia; la que brinda la paz del espíritu — ¡bello caso de felicidad! — la que, en fin, compensa, con creces, cuando, serenamente, inteligentemente, se le administra al amoral-moralizador... ese ser despreciable, que lo es tanto más, cuanto que, la misma Razón, resulta impotente, ante él: siempre, casi siempre escapa inmune para los casos de Ley reprobadora, por lo que es imposible aplicarle el apropiado correctivo, en bien, claro está, de la única, de la soberana moral.

DEMETRIO DE PEREDA.

DIBUJO DE PETRONE.



FOTOGRAFÍA DE LORENTE.

ARTE COLONIAL

INTERIOR DEL CASTILLO DEL MORRO (HABANA).

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES



castillo de oro, cortado de puntos de ajedrez, plata y sable.

PINTO. Consta el origen de este apellido y el de sus derivados Pintos y Pintor, en la certificación otorgada a don Francisco de Pintor, de Valderas y Granada-Venegas (3 de diciembre de 1706) por el cronista Rey de Armas de Felipe V, don Joseph Alfonso de Guerra y Villegas. Declara dicho documento que el tronco del linaje es Gonzalo de Pinto, poseedor del antiguo solar de su nombre en la ciudad de Burgos. Después de haber estado, con otros infanzones castellanos, en Francia, donde venció en un torneo al caballero Hugo de Angenoust, marchó a la conquista de Granada, atendiendo al llamamiento que los Reyes Católicos hicieron a toda la nobleza de sus estados (año 1488).

La fama de Gonzalo de Pinto se debe a la singular aventura de haber salido victorioso en una escaramuza contra las huestes del príncipe moro Ali-el-Zagal, volviendo al Real de Santa Fe todo tinto en sangre, y con un alfanje morisco que le sirvió para defenderse, después de haber roto sus armas en la lucha.

Los Reyes Católicos le apellidaron Pintor, al regresar ante ellos con la armadura y arneses pintados de sangre, concediéndole ampliación de armas y heredades en la vega de Motril, donde sus descendientes fundaron casa solariega, con vínculo de mayorazgo en la sierra de Luxar.

Gonzalo de Pinto casó con doña María Díez de San Martín, teniendo, entre otros hijos, a Gonzalo de Pinto, II del nombre y heredero del solar de Burgos; a Fernán Pintor de San Martín, cuyo hijo Fernando estuvo en las guerras de Indias, donde murió, y a Juan de Pinto, segundo genito, que desde la Taha de Andarax se trasladó a Motril, siendo el tronco de su apellido en dicha ciudad. De esta rama desciende por línea troncal paterna, doña María Hernández-Guerrero y Pintor, dama noble de la Banda de María Luisa y de honor de la Reina Mercedes de Orleans; Duquesa de Santaña, Marquesa de Manzanedo, Grande de España de 1.ª clase; y don Andrés Pintor, Díaz de Vivar, cuya hija doña Aurora Pintor Ocete,

BONEO. Apellido originario de Areuille, condado de Poitiers. Primitivamente se escribía Bonneaux.

El progenitor de la rama española de este nombre fué don Martín Boneo y Brondo de Morales, que habiéndose distinguido en la defensa de Palma de Mallorca, mereció de S. M. ampliación de armas en el escudo de su linaje. Casó con doña Gerónima de Villalonga y nació don Martín, notable marino en tiempo de Carlos III. Como general de la armada, vino a Buenos Aires en 1791, casando en esta ciudad el 3 de julio de 1793 con doña Cipriana Viaña y Pérez-Dávila. La ceremonia se celebró en el palacio arzobispal y bendijo la unión el obispo diocesano don Manuel de Azamor. Tuvieron por hijos, entre otros, a don Martín, vicario general del arzobispo Escalada y primer rector del Seminario Conciliar, en 1865; don Manuel, don Ramón, don José María y don Mariano Boneo y Viaña, que casó con doña María de Paz Noguera, portefaña, padres del obispo don Juan A. Boneo, nacido en Buenos Aires el año 1845, y bautizado en la parroquia de Monserrat.

Escudo partido: 1.º, de azur y tres granadas de oro, que fueron las armas concedidas a don Martín Boneo y Brondo de Morales; 2.º, de gules y un

de gules cinco menguantes ranversados de plata.

DEMARÍA. Alfonso De María, italiano, pasó a España y contrajo matrimonio en Cádiz con doña Rosa Prado, teniendo por hijo a don Domingo Demaría que se graduó de médico y casó en la misma ciudad el año 1757 con doña Rosa Camusso, hija de Bartolomé Camuzzo (1) y de doña Gerónima Morando, naturales de Neri, en los alrededores de Génova. Don José Demaría y Camusso nació en Cádiz, el 4 de julio de 1767, pasando a Buenos Aires donde contrajo enlace el 7 de junio de 1797 con doña María Eugenia de Escalada y Salcedo, hija de don Antonio José de Escalada y de doña Petrona de Salcedo y Silva, hija ésta del abogado don José de Salcedo y Enríquez de Navarra, primo hermano del Virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo, y de doña Juana de Silva y Quirós.

Don José Demaría y Camusso y doña María Eugenia de Escalada y Salcedo, tuvieron varios hijos, de quienes descienden en Buenos Aires las familias de Holmberg, Lawson, Aguirre-Lynch, Hasperg, Ayerza, Bengolea, Gonnet, Almeyra, etc.

El escudo de Demaría es de azur y una banda de plata con la salutación: «AVE MARÍA» entre dos lisas de azur. Bordura de gules.



DE RODRIGO. Don Salvador de Rodrigo, natural de Alicante, tuvo por hijo a don Francisco, que se trasladó a Buenos Aires con el grado de Coronel de los Reales ejércitos. Fué Sargento Mayor y primer Comandante del regimiento de voluntarios de caballería de Maldonado, distinguiéndose como militar en las campañas de exploración y en las expediciones contra los indios. Se desposó en la Merced, catedral al norte (libro 6 de matrimonios, folio 461), el 24 de diciembre de 1777 con doña María Antonia Espinosa de la Cueva y de la Quintana, hija de don Francisco Espinosa de la Cueva y Muxica, capitán de milicias, y de doña Narcisca de la Quintana y Riglos, hija ésta de don Nicolás de la Quintana y de doña Leocadia de Riglos y Torres-Goete.

Tuvieron por hijas a doña Juana, monja profesa en el convento de Santa Catalina de Sena de esta ciudad, y a doña María de Rodrigo y Espinosa de la Cueva, dama patricia de Buenos Aires, casada con don Angel Manuel del Rosario Fernández-Blanco y Aguirre, Gobernador de la Provincia de Corrientes.

El escudo se compone de un león andante, coronado, en campo de oro, y bordura jaquelada de plata y azur.

BASAVILBASO. En el Archivo de los Tribunales (Legajo A, número 15) constan los antecedentes de esta familia, oriunda del señorío de Vizcaya.

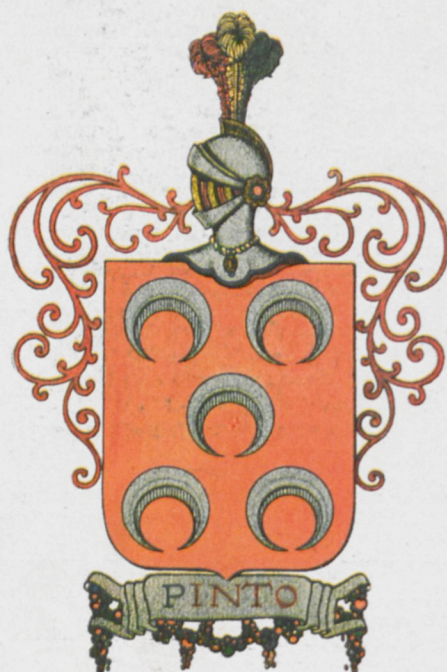
Don Santiago de Basavilbaso y doña María de Jáuregui, su mujer, fueron padres de don Domingo, bautizado en Bilbao el año 1683. Este casó con doña María Rosa de la Presa y Erreynosa, del lugar de Luyando, siendo su sucesor otro don Domingo de Basavilbaso, bautizado en Muga, Valle de Llodis. Establecido en Buenos Aires, falleció el año 1775. De su casamiento con doña María Ignacia de Urtubia y Toledo, nacida en esta ciudad en 1704, fueron sus hijos: doña Rosa Benedicta, casada con el señor de Azcuénaga; doña

Rafaela, con el capitán don José Ignacio Merlos; doña Manuela, con don Pascual Ibáñez de Echabarrí, Regidor y Fiel Executor de Buenos Aires; doña Victoria, con don Domingo Ignacio de Urien, Alcalde de primer voto y Regidor; don Domingo, igualmente Alcalde y Regidor, y fundador del Correo. Don Francisco, Alcalde y Síndico Procurador, y don Manuel de Basavilbaso y Urtubia, Jefe de Correos de Buenos Aires, cuya hija doña Justa Rufina de Basavilbaso casó con el Brigadier General don Miguel de Azcuénaga, prócer de la Independencia.

Sus armas se componen de un escudo de oro, con castaño de sinople frutado del mismo metal y dos lobos negros empuñantes al tronco. En jefe una estrella de gules.

José M.ª PÉREZ-VALIENTE.

(1) La familia Gamuzzo es de buen origen italiano, contando príncipes y cardenales en su árbol genealógico. De un hermano de doña Rosa Camusso, llamado Carlos Gamuzzo y Morando, casado con doña Francisca de Alsina, descienden los Altgelt, Tornquist, Dielh, Cárdenas y Miguens de Buenos Aires, y los Camusso y otras numerosas familias de Montevideo. Los de este apellido en América recibieron de posición social; el oro elevó a la rama Tornquist a fines del siglo pasado.





Srta. Isabele
Pearson Quintana



Figuras femeninas



Srta. Jovita García
Mansilla

La ciudad se esfuma a lo lejos, en una indecisa penumbra gris... Es una tarde bochornosa de febrero; no perdura otra nota luminosa, que el débil resplandor del sol, velado por pesados nubarrones grises, que, rasgados en breves trechos, dejan reflejar en las aguas del río ese débil, pálido resplandor... Destácanse las altas chimeneas fabriles empenachadas de humo, que arrastra una brisa del norte, sobre los pretenciosos rascacielos porteños. Aumenta la penumbra gris de la bochornosa tarde de febrero; sólo se destacan aún dos o tres esbeltos campanarios, faros permanentes que dominan la inmensa metrópoli que, al alzarse en medio de la sombra cada vez más densa, parecen levantar también nuestros corazones; en esa hora de exquisita calma para el espíritu, cuando nos acechan ensueños o añoranzas, el esbelto, erguido campanario que domina tantas y tan diversas miserias humanas, parece repetirnos: «si tienes fe, tus propios engaños te serán gratos, recordando que hasta que no llegaron, esperaste... y las dichas florecerán como rosas plenas, después de una estación entera de rosas...» (1).

(1) Amado Nervo.

No hay horizonte que limite la mirada de mis cansados ojos... no se han encendido aún los poderosos focos de parques y plazas, y en un intenso anhelo de aire puro, de brisas que me hicieran olvidar la abrumadora pesadez de estos días de febrero, deseo hallarme como si dominara desde mi balcón la amplia extensión del riente prado que amanece, o el mágico, grandioso espectáculo de una puesta de sol sobre el mar... deo vagar la loca fantasía: sueño con amplios parques señoriales, donde alterne la riente pradera con la fronda de la espesura, donde se escuche el gorgotear de una fuente que llora, sobre el viejo pilón de piedra carcomida... sueño con aquel «encanto azul» evocado por el insigne maestro:

«La calma empieza a tomar
un claror de la otra vida,
y la tarde ya dormida,
sueña en azul, cielo y mar...»

Suspira de cuando en cuando
el gran silencio marino,
y en su misterio divino
la tierra se va azulando...» (1)

Cuán intensamente llega a soñar la que permanece prisionera de la gran ciudad, y que contempla el horizonte lejano desde su elevado balcón... ya se apartan los oscuros celajes, para dejar libre la última franja anaranjada, que ilumina una fantástica caligata de corceles grises: jinetes y cabalgaduras ascienden al infinito... el que fuera sólo reflejo luminoso se torna en un vivo resplandor sonrosado, que tiñe de color malva la cúspide de campanarios y rascacielos... Rompe el encanto el primer titilar de un aviso luminoso; luego, un ronco llamado de bocina... ya se encienden los innumerables reverberos, porque vuelve a la vida la gran metrópoli, adormecida breve instante como si hubiera sufrido también ella la sugestión de esa hora de exquisita calma, en la que evocamos los míseros mortales, ensueños y añoranzas...

Dejo volar aún mi loca fantasía, y con la rapidez del pensamiento, rehago mis periódicas andanzas de Duende: una duende ultramoderna, que suele recorrer a sesenta kilómetros por hora la amplia carretera que nos lleva lejos de la bulliciosa, febril Cosmópolis... limitada a un lado por la sinuosa loma en la que se levantan, a partir de Vicente López, villas y chalets de todos estilos, y a la derecha, por la poética ribera, bordeada de añosos y frondosos sauces... se suceden, como en un film interminable, las coquetas o suntuosas residencias veraniegas del Norte, llenas de vida y movimiento casi siempre:

(1) Leopoldo Lugones.

a veces, enigmáticamente cerradas, diríase dormidas... Verjas artísticas o pretenciosas; amplios y vetustos portones abiertos sobre umbras avenidas... espesos matorrales; más adelante, luminosos cuadros de césped, limitados por bosquecillos de casuarinas... Olivos, Martínez, San Isidro; es éste uno de los altos predilectos de esta Duende, que, fatigada de cruzar con la rapidez del pensamiento, dejando atrás las umbras avenidas de las viejas chacras silenciosas, sin poder deslizarse inadvertida en ellas, al abrigo de sus frondosos sauces... He de contentarme con la hospitalaria sombra de los tradicionales *Tres Ombúes*; apoyada en la rústica baranda, trato de atesorar la divina sugestión de ese atardecer maravilloso, en el que se reflejan las aguas del río la opalina transparencia del horizonte.

Circundan la reducida plazoleta, tres viejos quintonos coloniales; vivo anacronismo se me antojan, dos autos estacionados en ella; el que me ha llevado hasta allí, y otro de excursión que se detiene ante uno de los antiquísimos portales, y del cual salta detrás de su chauffeur, y con felino arranque, un enorme perrazo con aspecto de lobo presumido... y es que en toda esta pintoresca región de la costa, evoca San Isidro todos los recuerdos de nuestra vieja, aristocrática sociedad; a la sombra de los coposos ombúes detuviéronse las alegres, pintorescas cabalgatas de otros tiempos: tiempos en los que no se hubiera sospechado siquiera que las descendientes de aquellas aristocráticas, señoriles figuras, hubieran de adoptar al transcurrir de los años, las maneras llenas de *sans-façon* de la sociedad actual...

Pero no ha de detenerse mi rápida excursión bajo la sombra de los tradicionales *Tres Ombúes*; me atrae también San Fernando, con sus modernos jardines trazados a la europea, con sus viejos quintonos en cuyos cercos vivos florecen madreselvas y jazmines... evoco la ideal disposición del parque de Villa Pearson, con su lago de ensueño, bordeado de rosales; como en los jardines de feérica leyenda, préstanle mayor encanto la delicada belleza de sus juveniles figuras: María Teresa y Isabel Pearson Quintana, tan exquisitamente bellas... a su lado, la esbelta silueta, la radiante belleza de Jovita García Mansilla...

¿Cómo resistir a la poderosa sugestión de esa región privilegiada, que congregara por aristocrática tradición los más brillantes elementos de nuestra vieja sociedad? Desde Vicente López hasta el Tigre, pueblan la poética ribera las suntuosas o patriarcales residencias de los Anchorena, Alvear, Casares, Urquiza, Lastra, Gramajo, Lacroze, Aguirre, Villatte, Demarchi, Sala, Giménez, Pirovano, White, Alzaga...

Allí olvidan nuestras coquetas mundanas, la *morgue* que suele reinar aún en determinado veraneo, y ávidas de vida amplia, que las hará desdeñar la persistente impresión de necios pasatiempos, de comentarios y frivolidades, libres *casí*, de trabas y prejuicios, visten con encantadora sencillez, y disfrutan ampliamente del yachting, del baile, del tennis... y la ribera se ve animada por una hechicera legión de juveniles siluetas: Mercedes de Alvear, María Carolina Harilaos, Ercilia Murga Lynch, las señoritas de Aguirre, figuras en las que perdura todo el encanto y el prestigio de su raza: Manuela de Elizalde, María Ziegler Peró, Angela y Enriqueta Bidau Lastra, atrayentes todas como una luminosa primavera: María Teresa y Adelia Lacroze, las señoritas de Flores Pirán, y de Escalada, Delia y Silvia Bosch Gramajo, Elsa y Margarita Pirovano, que guardan también en sus pupilas, toda la poesía, todo el encanto de esa región privilegiada, que nos hace soñar, a las prisioneras de la gran ciudad, con transparencias de manantial, con ráfagas de aire puro, con los amplios y vetustos portones, abiertos sobre umbras avenidas.

LA DAMA DUENDE.



Srta. Mercedes Alvear
Clotondoe



Srta. María Teresa
Pearson Quintana

FOTOGRAFÍAS
DE VAN RIEL
Y WITCOMB.

TIEMPOS PRIMITIVOS. — El abanico no se ha llamado siempre así; ha llevado diversos nombres, y ha tomado diferentes formas: *tchamara*, *tchaounry*, *kuwohori*, *pun'kas*, *kim-pomon-nan*, *flabellans*, *tabellae*, *esmonchoir*, *esventador*, *esventon*, *esventau de l'air*, *zephyros*, *imperceptibles*, y por fin, *abanico*.

¿Se trata acaso de un mueble? ¿De un utensilio? Todo esto se presta a discusión; pero hasta ahora los entendidos no han llegado a ponerse de acuerdo sobre este tema.

Fureties lo califica de «instrumento que hace aire». Richelet opina lo mismo. La academia lo define «mueblecillo que sirve para abanicarse», de lo que se deduce que todos los normandos se han confabulado para enredar las cosas.

Llamémosle instrumento cuando tiene personalidad, y mueble cuando por su belleza y su suntuosidad puede formar parte de un inventario importante, haciendo en él buen papel, y entonces cada uno de ellos será designado como le corresponda.

Pero como ante todo hay que dar al César lo que es del César, debemos afirmar que cualquiera que sea el nombre con que se le llame, este instrumento o este mueble es de indiscutible utilidad en diversas circunstancias:

- I. Es el complemento del gesto.
- II. Un objeto de alta elegancia.
- III. El confidente íntimo, el amigo, el inseparable.
- IV. La víctima expiatoria que se rompe con indiferencia.
- V. El intérprete de los sentimientos.

He aquí más de lo que necesita para ser el favorito de la mujer.

El abanico nació en Oriente, bajo el radiante cielo que acaricia el sol con sus ardientes rayos.



Blondel, según una poesía del poeta Lohi, supone que el inventor de los abanicos fué en China el Emperador Norvaug, fundador de la dinastía de los Tcheon (434



(TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA "PÁGINAS FEMENINAS", POR LA SEÑORA SUSANA OLIVER TEZANOS DE PANELO).

años antes de la era cristiana). El abanico era entonces un distintivo de contraseña, como fué el penacho bajo Enrique IV, y no un objeto de utilidad práctica. El abanico de bambú parece originario también de la época del Emperador Houan-Ti, de la dinastía de los Han (145 a 157 años antes de Jesucristo).

Blondel indica como cuna del abanico a la antigua India. Fué primitivamente la hoja del loto sagrado, la hoja del bananero, de la palmera, o tejido de junco. Los egipcios poseían el *flabellum*, especie de abanico de mango largo, terminado por una parte plana, semejante al *esmonchoir* y que era de pluma o junco tejido. Es muy probable que al regresar a Europa los caballeros cruzados, introdujeran algunos de estos abanicos, puesto que volvemos a hallarlos en la pompa del soberano Pontífice, sirviéndole de escolta; son inmensos, muy decorativos, con una nota exótica debida a las plumas que lo adornan. Los etruscos tenían igualmente abanicos en el estilo del *flabellum*, como podemos verlos aún en el Museo de Nápoles.

El plumaje de la real ave de Juno, fué el preferido por las bellezas de Atenas y de Corinto, y con él avivaron el fuego sagrado las Vestales de la antigua Roma; aparece luego como reducido objeto de fantasía durante la Edad Media. Brantôme lo menciona ya en las crónicas del Renacimiento. Madame de Sevigné, lo elige como obsequio especial para su hija. Madame de Maintenón pone a la moda el abanico devoto y silencioso, y llegamos a la época de la Regencia. Se eligen en esa época escenas más escabrosas para decorarlo; el abanico se hace galante, liber-

tino, y es sin embargo siempre compañero inseparable.

Se ve a la princesa Palatina, madre del Regente, en traje de caza, llevando su fusil en una mano y su abanico en la otra.

Los fabricantes de abanicos estaban aún bajo la dependencia de los vendedores de pieles, de los doradores, de los varilleros, lo que daba lugar a pleitos porque cada gremio mantenía ferozmente sus derechos: uno debía pintarlo, el otro fabricar su montura y el tercero dorarlo; pero tenían absoluta prohibición de invertir estos oficios y usurpar sus respectivos derechos. Darras y Pardon, sufren persecuciones por haber quebrantado la ley; en 1685, Andrés Lienard hizo circular los abanicos que pintara su cuñado Enrique Solé, y se vieron acerbados a multas como delincuentes.

Uno de los más importantes fabricantes de abanicos es Josse, el célebre Josse, que abrió tienda en la calle de los Osos, y también al aire libre en las ferias más concurridas; inunda ciudades y campiñas con estas obras maestras que se hacen populares; surgen competidores como Hebert, Chevalier, Raun, Boquet, quienes como él se dedican a iluminar abanicos por docenas.

Diffiere de ellos Madame Verité, que fabrica el abanico de lujo montado sobre dorado marfil, con varillaje de nácar y país de seda o de vitela, sobre los que pintan primorosos temas, artistas de fama; todo lo pastoril, las escenas campestres, los motivos galantes, figuran sobre estos delicados, graciosos y picarescos abanicos.

Bajo Luis XV, el marfil se incrusta con carey, con nácar, con oro y plata, y hasta

se labra; igualmente se dora, se pinta, y se tiñe el nácar de verde, y vemos una serie de nuevos sujetos: «Babet la florista», «El contrato matrimonial». El abanico «Cadiere», «Danaire», «Rey de Polonia», el nuevo «Juego de piquet entre las naciones de Europa», como réplica al «Baile de las Naciones».

Germain Bapst ha publicado el inventario de la princesa María de Sajonia, Delfina de Francia. Menciona treinta y seis abanicos, de los cuales el que se cotizó más alto marca el precio de 456 libras; es poco con relación al lujo que desplegaba esta princesa en otros objetos.

En 1749 los abanicos se hacen enormes, montados en nácar y dorados en el borde. Hacia mediados del siglo XVIII los abanicos fueron ilustrados por pintores célebres: Lancret, Watteau, Boucher, y después Fragonar los convierten en obras de arte.

Madame de Pompadour dejó su nombre a los abanicos de mango de marfil y nácar esculpido. Sin embargo la favorita compró a Lazare Devaux, joyero del rey, un abanico de Nankin en 72 libras, y los abanicos de la India o de China no eran artísticos, pero los chinos sembraban en ellos una lluvia de oro, origen de su nombre de «lluvias» que deslumbraban bajo una pintura más o menos primitiva.

El abanico dibujado para la boda de María Antonieta con Luis XVI, fué grabado por Gabriel de Saint Aubin. Representa un ángel que lleva un ramo de boj al altar en el que van a unirse las manos de ambos prometidos. A la derecha, sobre una gradería, un guardia noble despliega el estandarte real; a la izquierda un grupo de soldados sobre los que planea un águila, y más abajo bebedores que levantan sus copas a la salud de los nuevos esposos.

El águila debía abatirse sobre el trono de Francia y adueñarse de él; hay a veces en la historia de los pueblos, presagios nefastos...



CONDESA TRAMAR.

¿En qué forma la mujer de la clase pudiente debe intervenir, para tratar de mejorar las condiciones en que se encuentran las mujeres de la clase obrera en nuestro país?

Sería, sin duda alguna, una obra útil y benéfica, digna de ser emprendida por las señoras de nuestra sociedad, la de fundar entre las mujeres de la clase obrera cooperativas de diversas índoles, lo que contribuiría eficazmente a su mayor bienestar.

El sistema cooperativo es un excelente medio de mejorar la condición obrera, pues teniendo por base la agrupación de todos los que persiguen un mismo fin, le es dado obtener numerosas ventajas que aisladamente no se podrían conseguir.

Me limitaré aquí a tratar sobre las cooperativas de consumos. Esta clase de cooperativas trae indefectiblemente el alza del salario real. Sus asociados pueden comprar al por mayor los artículos de consumo y repartirlos luego entre sí sin recargo de intermediarios. De este modo, su dinero, aunque nominalmente el mismo, aumenta su valor efectivo permitiéndoles sacar de él un mayor provecho.

En Europa estas cooperativas han sido implantadas con gran éxito, siendo numerosas las obreras que compran unidas sus útiles de trabajo, sus viveres, etc.

Entre nosotros poco se ha trabajado aún en este sentido. Sería, pues, muy hermoso el iniciar a las obreras en estas cuestiones, ya que ellas no han llegado a comprender todavía las ventajas que les reportaría la unión. El enseñarles a bastarse a sí mismas es una forma superior de caridad cristiana, porque no deprime al que la recibe, sino, al contrario, lo dignifica y eleva.

MARÍA CARMEN ARANA DÍAZ.

La situación de la obrera, cuyo salario, en el mejor de los casos, apenas alcanza para cubrir sus necesidades apremiantes, es agravada aún por los intermediarios que, contrayendo en las grandes casas cantidades de trabajo, para distribuirlo luego, obligan a aquellas que no pueden ir a buscar y entregar su tarea, o conseguirla directamente, a aceptar las condiciones que quieran imponerles.

A este mal se une el paro forzoso, que afecta a la mayoría de las obreras en la

época de verano, en que los negocios se paralizan, y estos dos problemas, el del salario ínfimo y el de la escasez de trabajo en determinada época, son angustiosos para miles de hogares en los que unos centavos hacen una diferencia notable.

Para resolverlos se han creado en otros países, con el nombre de cooperativas de producción, asociaciones de señoras que consiguen en talleres, tiendas, y por encargos particulares, trabajo para repartir entre las obreras, suprimiendo así los agentes, y haciendo llegar hasta ellas íntegramente el jornal que las corresponde, al par que procuran darles ocupación durante la temporada de receso.

Esta iniciativa, implantada entre nosotros, podría, a mi modo de ver, mejorar la suerte de la mujer que trabaja, y para llevarla a la práctica se requiere solamente tener tiempo disponible, y la buena voluntad que ha de encontrarse en todo corazón de mujer, siempre que se trate de socorrer, casi diría de salvar, a su hermana oprimida.

ANA JULIA SAGASTUME.

Una de las tantas formas que tiene la mujer de clase pudiente para ayudar a las obreras de nuestro país, es la de preocuparse de una manera directa de la mujer pobre de campo, que es una obrera, y a quien la tiene olvidada por lo poco que la conoce, y por esto mismo no palpa sus necesidades.

Estas, aunque en un ambiente más sano que el de la obrera de la ciudad, por falta de ayuda social que para ellas reclamo en esta oportunidad, cae en el mal y hasta en el vicio. Cosa que se remediaría sin mayor dificultad estableciendo pequeñas escuelas de Economía Doméstica, donde se les instruyera en religión, moral, se les enseñara a leer y escribir en las regiones donde no hubiera colegios del Estado, y luego corte



y confección, zurcido, bordado, planchado, etcétera, todo aquello que influya en su capacidad para que bastándose a sí mismas puedan hacer útil y fecunda su vida y capaz de convertir el desmantelado ranchito en una morada alegre y confortable.

Los resultados obtenidos por las pocas escuelas de esta índole que hay en nuestra campaña, son maravillosos, dado el poco tiempo que ellas funcionan durante el año, pues sólo están abiertas los meses de verano y son dirigidas por niñas de familias pudientes, que van a veranear a sus establecimientos.

Y en otros casos nunca faltaría una maestra de Buenos Aires, o buscada en los alrededores, que quisiera prestar su ayuda en favor de las niñas del campo, en cambio de un pequeño sueldo y algunos meses de verano.

La mujer de campo es una criatura dócil y que como un niño se impresiona fácilmente, de manera que el buen ejemplo encuentra en ella ambiente favorable, dando su aplicación los mejores resultados, pues pronto se arraigan en su alma de tal manera, que forma parte de su mismo ser, y así perfectamente resguardada y salvada está en condiciones de ser una buena hija, una madre cariñosa y una esposa fiel.

CARMEN PÉREZ CATÁN DE FACIO.

Varias son las formas en que esto puede llevarse a cabo útil y provechosamente, siendo una de las principales la creación de clases de Economía Doméstica.

Estas son particularmente indispensables, siendo, a mi parecer, de gran necesidad inculcar en la mente de las niñas del pueblo, futuras obreras, que han de ser un día mujeres de hogar, madres de familia, la idea de que, tener ciertos conocimientos de higiene, cocina, manejo y arreglo de la casa, etc., no es pequeña cosa, sino fundamental, útil y

hasta hermosa en el bagaje de una mujer por pobre que sea.

Semejante instrucción debería ser obligatoria y formar parte del programa en las escuelas primarias, recargado muchas veces de materias superfluas, pronto olvidadas, y que sólo han servido para perder el tiempo.

Si la mujer fuese más hábil e instruida, no ofrecerían ese aspecto tan triste los conventillos y habitaciones obreras, cuyo lamentable estado es debido las más de las veces a ignorancia y falta de iniciativa.

MARGOT ESCALADA FRAGUEIRO.

Entre las muchas formas de mejorar la condición de la mujer obrera, considero una de las más importantes la que tiende a la creación de leyes protectoras del trabajo femenino.

Hasta ahora la caridad particular ha tratado por muchos medios de remediar males que únicamente provienen de una legislación deficiente. ¡Cuánta miseria se evitara y cuántas enfermedades, si el trabajo estuviera mejor reglamentado, si la explotación de la obrera fuera legalmente imposible! Y es deber del Estado el interesarse en estas cuestiones, propiciando las iniciativas en este sentido y apoyándolas en toda forma, ya que ellas se dirigen a mejorar la suerte de una parte tan numerosa de la sociedad.

Mucho se ha discutido sobre la intervención del Estado en estas materias, alegándose que de este modo se destruiría la libertad individual. Esto, sin embargo, es inexacto, puesto que la obrera necesitada no es, por ejemplo, verdaderamente libre al aceptar una ocupación malsana y mal retribuida, ofrecida por un patrón sin escrúpulos, sino que es obligada a ello por las circunstancias.

Todo esto podría subsanarse con leyes previsoras que beneficiarían a la totalidad de las obreras, cosa que nunca podría obtener la acción particular, por mucho que multiplicara sus obras de protección.

La mujer, por más que no tenga participación directa en la creación de las leyes, puede, sin embargo, colaborar en ellas formando el ambiente que las ha de hacer surgir.

Y esta tarea obscura y silenciosa, pero no por eso menos eficaz, creo que podría ser uno de los medios conducentes al mejoramiento de la condición de la obrera.

VICTORIA ARANA DÍAZ.



EN EL BALNEARIO MUNICIPAL

UN DIA DE VIENTO
DIBUJO DE ACQUARONE.



ESCENAS DE ACTUALIDAD

EL REGRESO DEL VERANEO

GOUACHE DE ALONSO.

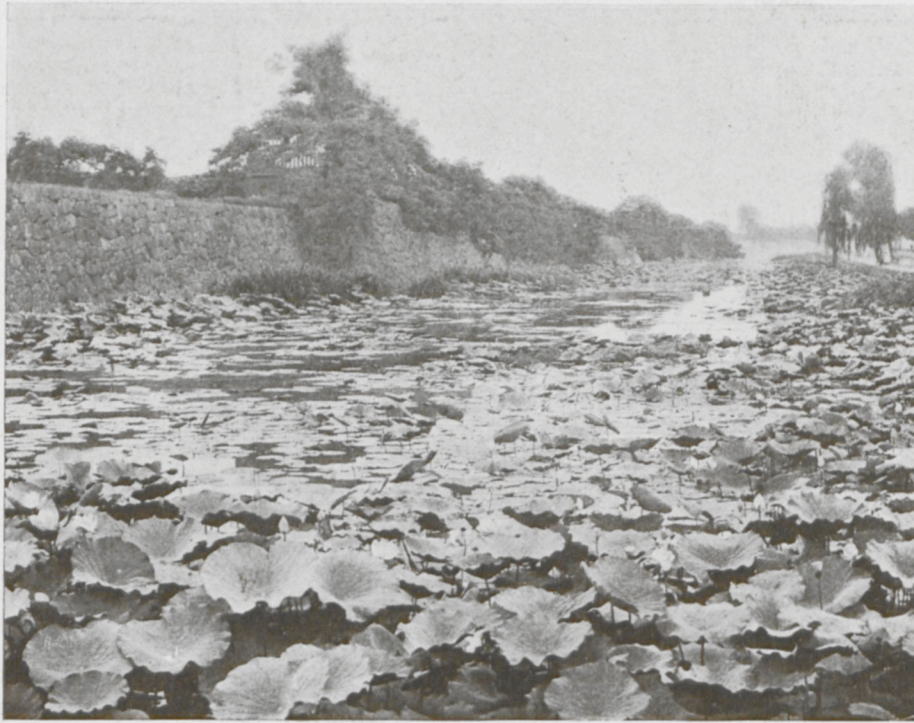
La gente chic fuma
cigarrillos
Reina Victoria



LOTOS

Entre todos los países de la tierra, el Japón es sin duda el que presenta mayores caracteres de objetividad y de armonía.

Los japoneses no se apartan jamás de la naturaleza. Sienten como nadie el encanto del cielo y de la luz; pueblo objetivo por excelencia, sus concepciones artísticas hallanse limitadas siempre por una lejanía de colores, que es maravilla de los ojos. Rodeando sus ciudades, sus pueblos, sus viviendas, el paisaje se borra bajo una transparente claridad azulada. Su belleza es imponderable y magnífica. Impresiones de efímeras flores de cerezo, brotadas en las primaveras de nieve; hojas de lotos estivales, crisantemos de estación intermedia y plantas



EN FLOR

de raros matices que enrojecen bajo el triste cielo del otoño. Pero estas cosas delicadas, se destacan invariablemente ante un fondo inmutable de criptomeras, de pinos, de cedros oscuros y de gigantescos bambúes, que hacen resaltar su ondulante y graciosa curva sobre el agua muerta de los lagos.

Los japoneses aman tanto la naturaleza, que en el interior de sus templos, alegran siempre el conjunto gran profusión de flores artísticamente combinadas; hasta las escalinatas y las cúpulas de sus sorprendentes pagodas, ofrecen una vegetación de hiedras, que va decorando los muros hasta confundirlos con el verde intenso de los campos...

Manera de hacer desaparecer un cutis malo

(DEL "LONDON FASHIONS")

Los cosméticos nunca mejoran un cutis malo; con frecuencia son positivamente dañinos. La manera racional es quitar el velo apagado, mortecino de la cara, y dejar que la nueva piel debajo pueda salir y respirar, mostrando su frescura y juventud.

La mejor manera de hacer esto, es de una

manera muy sencilla. Póngase en la cara cera pura mercolizada por las noches, lo mismo que se pone el cold cream, y lávese por las mañanas.

Cera buena mercolizada puede obtenerse de cualquier botica importante. Absorbe la cutícula desfigurante, de una manera gradual y

sin dolor, dejando un cutis natural y brillante.

Naturalmente, también quita todas las imperfecciones de la cara, como manchas rojas, palidez, barrillos, tostaduras de sol, etc., etc. Como quitador de pecas y hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival.

MAPLE & CO

MUEBLES
ALFOMBRAS
CORTINAS
ARTEFACTOS
DE LUZ
ELÉCTRICA



MOBLAJES Y
DECORACIONES
COMPLETOS
EJECUTADOS
EN TODOS
LOS ESTILOS
ANTIGUOS
Y MODERNOS

INVITACION ESPECIAL

SOLICITAMOS UNA VISITA DE NUESTRA DISTINGUIDA CLIENTELA PARA INSPECCIONAR LAS MAGNÍFICAS HABITACIONES RECIENTEMENTE DECORADAS Y AMUEBLADAS EN ESTILOS ANTIGUOS, LAS ÚNICAS DE SU CLASE EN SUD AMÉRICA.

658 - SUIPACHA - 658

Aguas de Colonia
Destiladas sobre Flores

LE SANCY
Nora
Kendal
Duc



«LE SANCY» SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO

FRASCO GRANDE..... \$ 3.20
" MEDIO..... " 1.95
" CUARTO..... " 1.45
" CHICO..... " 0.45



«NORA» EXTRAFINA
FRASCO GRANDE..... \$ 7.—
" MEDIO..... " 4.30



«DUC»
ÚNICA PORSU-
LICADO AROMA.
FRASCO GRAN-
DE..... \$ 5.50.



LOCIÓN
«LE SANCY»
DE RICA E INCON-
FUNDIBLE FRA-
GANCIA

a..... \$ 2.65



«LE SANCY»
AMBREE

DELICIOSA PARA EL TOCADOR
FRASCO GRANDE.. \$ 5.30
" MEDIO..... " 3.10
" CUARTO..... " 1.90



«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE
FRASCO GRANDE
a..... \$ 5.50
LOCION..... " 3.30

PÍDALAS EN
FARMACIAS Y
PERFUMERÍAS

BLAS L. DUBARRY, Medrano, 476 - BUENOS AIRES

-PLUS ULTRA-

EXPOSICIÓN DE GATOS EN NEW YORK

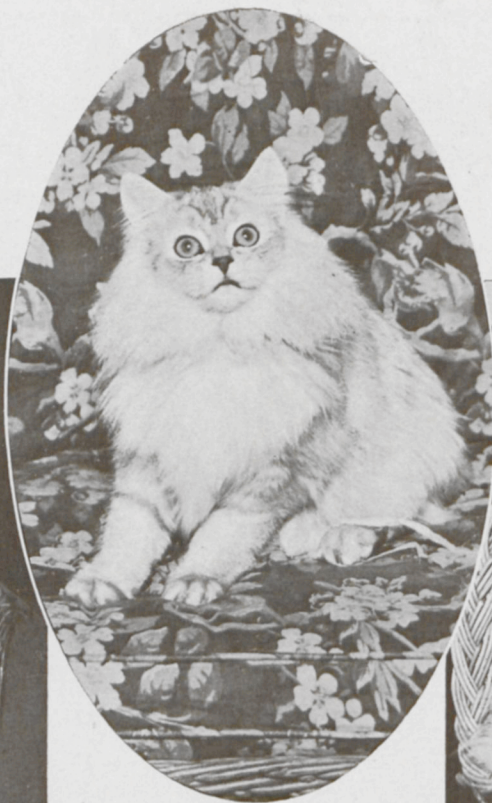
Los Estados Unidos han figurado siempre como el país de las excentricidades; las mayores rarezas, las cosas más fantásticas y hasta las que se rechazan generalmente por absurdas, hallaron acogida favorable entre el público cosmopolita y heterogéneo de esa parte de América. Ahora se ha impuesto entre las mujeres elegantes la moda extraordinaria de ir acompañadas por felinos. Los perrillos japoneses, los galgos y demás ejemplares de la raza canina, puede decirse que han sido relegados a segundo término.

La exposición de gatos celebrada recientemente en New York, es una confirmación de lo que venimos diciendo. Los premios, consistentes en collaritos de plata, diplomas y títulos honoríficos, han sido adjudicados ante una crecida concurrencia que aprobaba o desaprobaba el fallo.

Entre los ejemplares expuestos, había muchos con cartelitos pidiendo pequeñas cantidades a los curiosos, destinadas para comprar cigarros, que luego se envían a los soldados norteamericanos que luchan actualmente en Europa.



«PITIROJO», PROPIEDAD DE MRS. CHAMPION.



«ECO DE PLATA», PROPIEDAD DE LA STA. CAROL MACY, UNO DE LOS MEJORES EJEMPLARES EXPUESTOS.



«LUNA PLATEADA», PRECIOSA CESTA CON CUATRO EJEMPLARES NOTABLES

FOTOGRAFÍAS DE PAÚL THOMPSON.

Breyer
Hing

FLORIDA, 414

BUENOS AIRES

EL PIANO DE LOS GRANDES SALONES:

STERLING

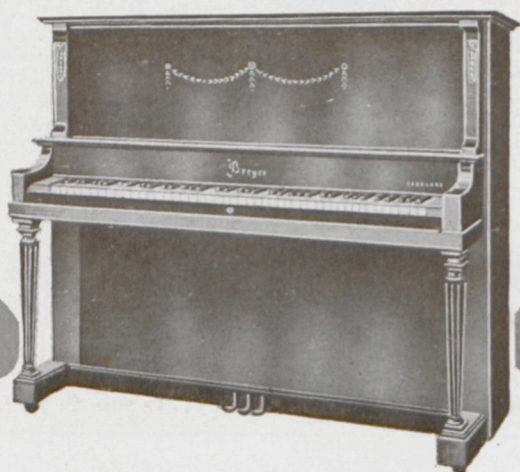
DE FAMA UNIVERSAL

DE VOCES NOBLES

DE DURACION GARANTIDA

SE VENDEN POR MENSUALIDADES

PIDAN NUESTRO CATALOGO



¡Polilla!

La polilla desaparece colocando en los roperos uno o más estuches de

Novaina

Además de proteger las ropas y pieles, les comunica un aroma agradable.

Caja con seis estuches, \$ 2.

En venta en las buenas farmacias, tiendas y bazares.

Depósito: **Peletería de F. Reller**
Maipú, 440 - Bs Aires

Plumas
Esterbrook



Pida a su librero plumas de esta marca y experimente el placer de escribir con una pluma perfecta.

Seis estilos populares son:
N.º 048, «Falcón». N.º 313, «Probate».
N.º 314, «Relief». N.º 501, «Penesco».
N.º 14, «Bank». N.º 502, «Penesco».

¿Por Qué No Sigues El Consejo Del Médico Y Tomas Sanatogen?

ESE cansancio con que se empieza el día, desde que se presenta uno a tomar el refrigerio matinal, la repugnancia hacia los alimentos, la falta de ambición para trabajar, el tedio que dan las diversiones, el sentimiento de pavor que causa la llegada de la noche por los insomnios que trae consigo en lugar del descanso reparador, son todos heraldos que anuncian la llegada de la Neurastenia, esto es, debilidad nerviosa.

Para combatirla, nada mejor que el Sanatogen, porque combina las substancias esenciales para el nutrimento de los nervios, sin drogas ni estimulante alguno. No uno, sino 22,000 médicos lo han recomendado por escrito, entre ellos autoridades como el Prof. Dr. Neisser, cuyas enseñanzas en medicina son acatadas y de gran valor en todo el mundo científico. Este eminente médico dice: "Los resultados que he obtenido siempre que he recetado el Sanatogen, sobre todo en los casos de neurastenia con pérdida de apetito, han sido altamente satisfactorios."

Por nuestro propio bien y por el de los seres queridos, hay que tomar el Sanatogen.

Sométalo a la Prueba Hoy Mismo

En las Farmacias de primera clase

Rechácense imitaciones con nombres semejantes. Recordar bien el nombre SA-NA-TO-GEN, preparado por The Bauer Chemical Company, Inc., 30 Irving Place, New York, E. U. A.

Folleto explicativo gratis a todo el que lo pida al Representante Único en la Argentina:

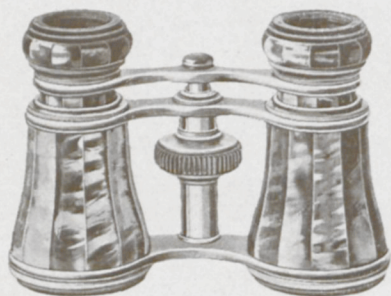
THE BAUER CHEMICAL Co.

Galería Güemes 458 - - - Buenos Aires



SANATOGEN

RECOMENDADO POR 22,000 FACULTATIVOS



Gemelos para teatro

LEMAIRE

LYS

son los preferidos
por su luminosidad
fuerza y alcance.

Modelos exclusivos de

Lutz, Ferrando y Cía.

Florida, 240.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómense un vaso
de agua que con

SAL de FRUTA
ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

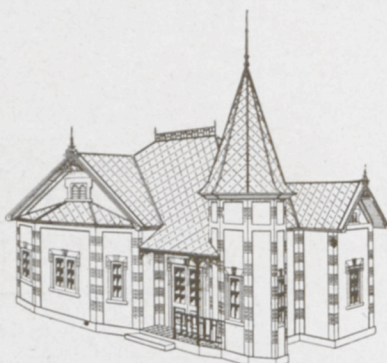
se habrá vuelto
hervorosa y refrescante.
Antes del desayuno, es un tónico que pro-
voca el apetito y la digestión, despeja la cabeza,
estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos.
Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar. De tomar agra-
dable-seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana, es dar
buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡Ojo con las imitaciones! Nuestra marca de fábrica está registrada.

Véndese en todas las farmacias

**LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA
MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"**



Este precioso chalet por \$ 6.800 m/n. como ré-
clame, listo para ser habitado; con buen piso,
cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura,
etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, come-
dor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor
construcción económica del mundo. En dos
años han sido construidos más de 200 esta-
blecimientos rurales y edificios varios, en
la República.

Son contra ciclones y cambios atmos-
féricos, repele la humedad y la acción de
los movimientos sísmicos; es una construc-
ción por excelencia liviana, muy rápida y
de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edifi-
cios, chalets, cremerías, galpones, caballe-
rías, garages, capillas, depósitos, y en gen-
eral, todo lo perteneciente al ramo, con
nuestro Sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas
personalidades argentinas, que ponemos a
disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDI-
CIONES, CATÁLOGO E INFORMES
GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

Aquí tiene usted una fortuna!



HUEVOS para empollar.

POLLOS de 1 a 5 meses.

CONEJOS importados.

COLMENAS y ABEJAS.

AVES de raza pura, 100 clases distintas

INCUBADORAS modernas.

GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA
LECHERA y FRUTICULTURA

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS
EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar



Muebles

norteamericanos
para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos ta-
maños y precios. Bibliote-
cas, Archivos, Sillas, Sillo-
nes giratorios, Perchas para
Vestíbulo, Mesas para má-
quina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155-Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)..... \$ 3.— m/na
Semestre (6 ")..... " 6.— "
Año (12 ")..... " 11.— "
Número suelto..... " 1.— "

EXTERIOR

Año..... \$ oro 5.—
Número suelto..... " 0.50
Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares suel-
tos a todos los agentes de CARAS y CARETAS, o
directamente a la administración.



SUPLEMENTO DE
«CARAS Y CARETAS»

Encuadernación de PLVS VLTRA - Tomos 1 y 2

PRECIOS

EL TOMO 1 COMPRENDE
LOS NÚMEROS PUBLICADOS
EN 1916; Y EL 2, TODO
EL AÑO 1917.

EN TELA imitación cuero, con letras doradas y relieve:
Tapas y encuadernación..... \$ 5.—
Tapas solamente..... " 3.—

EN CUERO, con letras doradas y relieve:
Tapas y encuadernación..... \$ 10.—
Tapas solamente..... " 6.—

PUEDEN HACERSE PEDIDOS A TO-
DOS LOS AGENTES DE «CARAS Y
CARETAS» O DIRECTAMENTE A LA
ADMINISTRACIÓN: CHACABUCO
151/155 - BUENOS AIRES.



Cuando en el hogar entran las enfermedades,
la felicidad huye y el amor se apaga.

No deje Vd. que el suyo se derrumbe porque los nervios,
la neurastenia y el constante padecer por otras causas, hayan
hecho presa en usted

IPERBIOTINA MALESCI

hace hogares felices porque hace hogares sanos, porque vi-
vifica el organismo, porque da sangre pura y nervios fuertes.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina

M. C. de MONACO

Viamonte, 871 - Buenos Aires



PHILIPS
ARCA

*Lamparita de
alta calidad*

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD

